LA SENDA DEL SACRIFICIO



5 DE SEPTIEMBRE DE 1938

EDICIONES OCKHAM



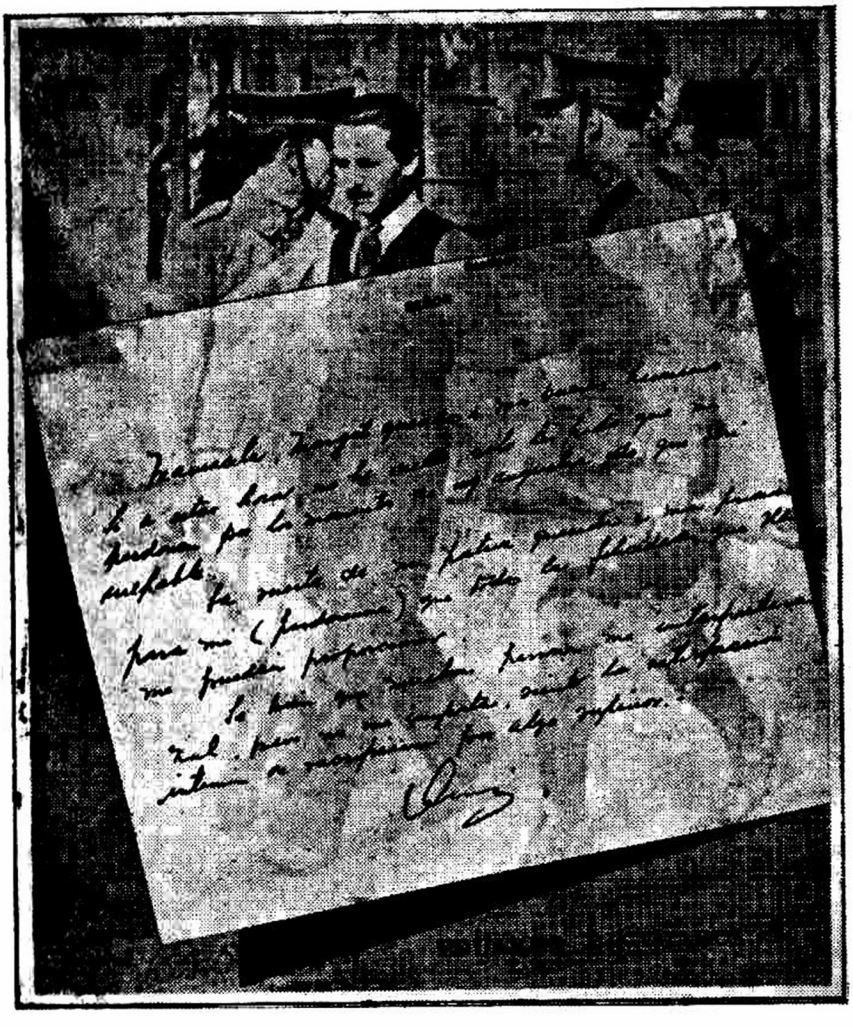
KUKLOX.XYZ

La Senda del Sacrificio

5 de Septiembre de 1938

SANTIAGO. CHILE
1940

EDICIONES
OCKHAM



INDICE

La Senda del Sacrificio ...
Bosquejo histórico del 5 de Septiembre ...

LOS MARTIRES

Enrique Herreros del Río ...
César Parada Henríquez ...
Francisco Maldonado Chávez ...
Juan Silva Tello ...
Hugo Badilla Tellería ...
Jesús Ballesteros Miranda ...
Ricardo White Alvarez ...
Julio César Villasiz Zura ...
Pedro Angel Riquelme Triviño ...
Mario Pérez Perreta ...
Mauricio Falcón Piñeiro ...
Luis y Héctor Thennet Gillet ...
Guillermo Cuello González ...
Waldemar Rivas Vilaza ...
Hermes Micheli Candia ...
Raúl Méndez Ureta ...
Bruno Brüning Schwarzenberg ...
José Héctor Sotomayor Sotomayor ...
Gerardo Gallmeyer Klotzche ...
Neftalí Sepúlveda Soto ...
Domingo Chávez Wahlen ...
Walter Kusch Diettrich ...
Víctor Muñoz Cárdenas ...
Juan Kähni Holzapfel ...
Marcos y Enrique Magasich Huerta ...
Heriberto Espinoza Lizana ...

Jorge Jaraquemada Vivanco ...
Félix Maragaño Flores ...
Jorge Valenzuela San Cristóbal ...
Salvador Zegers Terrazas ...
Carlos Alfredo Barraza Robles ...
Jorge Alvear Soto ...
Víctor Tapia Briones ...
Humberto Yuric Yuric ...
Jorge Tepper Bradonovic ...
Juan Orchard Fox ...
Alejandro Bonilla Taján ...
Emiliano Aros Molina ...
Salvador Fernández Ponicio ...
Jorge Sepúlveda Céspedes ...
Timoleón Jijón González ...
José Figueroa Figueroa ...
Eduardo Suárez Suárez ...
Renato Chea Meneses ...
Manuel Silva Durán ...
Daniel y Carlos Jorge Jeldes ...
Luis Gilberto Arriagada Muñoz ...
Alberto Murillo Muñoz ...
Julio Hernández García ...
Efraín Rodríguez Berríos ...
Carlos Riveros Sáez ...
Hugo Moreno Donoso ...
Alberto Ramírez Zamora ...
Héctor Manuel Jelves Olea ...
Pedro Molleda Ortega ...

APENDICE

Ultima carta de Ricardo White ...
¡Camaradas! ...
En la Torre de la Sangre ...
Gajo de laurel ...
El entierro de Francisco Maldonado ...
Entre los Andes y el mar ...
Mater Dolorosa ...

LA SENDA DEL SACRIFICIO

Chile es la única nación en el mundo que ha forjado su espíritu glorioso en las grandes derrotas: Rancagua, Iquique, La Concepción...

El 5 de Septiembre fué también una derrota. Pero la materialidad de los hechos acaecidos ese día resulta deleznable, al lado del alcance espiritual que para el futuro de la Patria tiene el sacrificio de la muchachada que rindió sus vidas en aquella tarde trágica.

Fueron "locos heroicos", se ha dicho, pretendiendo sintetizar con esta frase la mezcla de admiración y de incomprensión que en un comienzo produjo, en el ambiente materialista en que se ha arrastrado la vida nacional de los últimos decenios, el sacrificio aparentemente estéril de esas vidas. Efectivamente, fueron locos como Prat, que en una lucha absurda por lo desigual, se precipita solo al abordaje del monitor enemigo, para caer, segundos después, acribillado sobre su cubierta; locos como Luis Cruz y sus com-

pañeros, que con el nombre de Chile en los labios y la vista clavada en el tricolor que aun se alza sobre las llamas, sucumben en un rincón perdido de la sierra peruana, sin atenerse a considerar que ese sacrificio era ya innecesario, puesto que la guerra hacía tiempo que estaba ganada.

También los muchachos del 5 de Septiembre fueron al encuentro de la muerte, al parecer sin ningún fin práctico. Cuando espontáneamente se ofrecieron para encender la chispa del movimiento revolucionario que daría libertad y justicia al pueblo, lo hicieron a sabiendas de que sacrificaban sus existencias al ideal que llevaban en el pecho. Por más que la razón humana no lo indicaba así, algo en su interior les advertía que no saldrían con vida de aquella prueba. Presentían la orden siniestra de su exterminio implacable.

Eran todos jóvenes; algunos escasamente mayores que el héroe-niño de La Concepción. La vida les sonreía radiante y promisora, y nada, que no fuera su conciencia, les obligaba a participar en la peligrosa empresa. Sin embargo, no titubearon en abandonarlo todo—¡madres, novias, esposas, hijos, esperanzas risueñas!—a trueque de contribuir decisivamente al triunfo de sus ideales. En el supuesto de no caer derribados por la metralla de la autoridad, ninguna re-

compensa les aguardaba, fuera de la íntima satisfacción del deber cumplido.

Obedecieron fielmente la consigna que les había sido impartida. Pudieron matar a mansalva, pero sólo lo hicieron en un único caso, y ello, porque el éxito de su misión así lo exigió. Resistieron hasta el momento que les había sido preindicado por sus superiores, y sólo depusieron las armas cuando se convencieron de que el movimiento revolucionario, en su conjunto, había abortado.

Una orden infame, que más que tal parece haber sido un eco de la prehistoria, segó para siempre sus vidas. Murieron exhalando el nombre de la Patria.

Y se produjo el milagro. La revolución, materialmente derrotada y deshecha en las gradas del Seguro Obligatorio, triunfó afuera, incontrarrestable, en el espíritu del pueblo. Así como el sacrificio de Prat y sus marinos impuso la victoria de Chile en 1879, así el de César Parada y sus compañeros decidió, en 1938, la victoria del pueblo chileno sobre sus opresores, hasta entonces invencibles.

A medida que se aleja esta fecha, los chilenos se compenetran cada vez más profundamente de su inmenso significado. Toda una trayectoria histórica quedó allí señalada. Las doctrinas de redención social, los sentimientos de probidad y de justicia que agitaban al pueblo sin lograr cristalizarse en una acción

positiva, encontraron repentinamente el derrotero que los conducirá a la plenitud de su realización. La fe socialista, que significa, por sobre todo, renunciamiento en aras de la comunidad, quedó magnífica y definitivamente concretada en esa sangre que enrojeció, con simbolismo sublime, el edificio que representa la esperanza, hasta ayer vana, de los oprimidos.

Por eso, no debemos llorar a los caídos. La llama inmortal de la raza ha resurgido de sus carnes maceradas, para alumbrarnos de nuevo, como antaño, la senda de la grandeza y de la gloria. Sus cuerpos destrozados no fueron signos de muerte, sino de vida.

Jorge Gonzáiez.

BOSQUEJO HISTORICO DEL 5 DE SEPTIEMBRE

La elección de Alessandri para ocupar por segunda vez el solio de los Presidentes de Chile, marcó el grado de desorientación política y de carencia de espíritu cívico a que había llegado una gran parte de la ciudadanía chilena. Mas, los que con egoísta indiferencia aceptaron ser gobernados de nuevo por el mandatario que tantas pruebas diera de falta de sentido moral durante su primera administración, no pudieron imaginar jamás los atropellos a la justicia y a la libertad, la corrupción administrativa y la extrema miseria popular que caracterizarían la segunda presidencia del funesto personaje.

Fueron sus últimos días en el Gobierno, días aciagos para el país. En ese triste período no sólo pesaba sobre el pueblo el yugo de una plutocracia sin entrañas, sino que una ley despótica, dictada por

los amparadores del régimen, ahogaba todo clamor de justicia, y la esperanza de días mejores se desvanecía cada vez más al diseñarse junto al odiado mandatario la figura amenazadora del sucesor, del hombre a quien el pueblo apodara "el Ministro del Hambre" y cuyos ideales políticos, confesados en una hora de rara franqueza, podían resumirse en cuatro ingratos postulados: bajos sueldos y grandes impuestos, el látigo del negrero y desplazamiento del nativo por el inmigrante.

El candidato del Gobierno y de la casta plutocrática contaba con la fuerza omnipotente del dinero y con la fatal circunstancia de que, en el campo enemigo, dos rivales dividían a las huestes y una ciega intransigencia convertía en adversarios a los hermanos que luchaban por un mismo ideal.

En vano, con clara visión patriótica, el Jefe de la Vanguardia Popular Socialista y otros políticos pedían la unidad de las izquierdas. La Vanguardia prestaba decidido apoyo a la candidatura del General Ibáñez, porque creía interpretar así el sentir de una gran parte del pueblo; pero hallábase dispuesta a cualquier sacrificio a trueque de obtener la unidad popular. Elocuente prueba de la sinceridad de ese anhelo dió el Jefe vanguardista a raíz de los sucesos del 21 de Mayo de 1938, sucesos que reflejaron el insolente desprecio con que el Gobierno y sus parti-

darios consideraban a los hombres de la Izquierda. La esperanza de un entendimiento entre las fuerzas populares, que en esos días creyérase realizable, se desvaneció muy pronto ante la terquedad y la incomprensión de algunos dirigentes. Entre tanto, pasaban los días, aproximábase la fecha de la elección presidencial, y el triunfo del hombre del látigo y de la inmigración exótica parecía cada vez más incontrarrestable.

Fué entonces cuando el Jefe vanguardista, sintiendo pesar sobre sus hombros la responsabilidad de aquel triunfo, decidió impedirlo a todo trance. Había analizado serenamente las consecuencias de la victoria derechista. Preveía una violenta rebelión de las masas para imponer a sangre y fuego la justicia social, o, lo que era más probable, dada la mansedumbre de nuestro pueblo, la muerte de toda esperanza de redención popular. El pueblo continuaría consumiéndose en la miseria y en el sufrimiento, en tanto que la casta explotadora no cesaría, en su sed de riquezas y placeres, de entregar al imperialismo extranjero los bienes nacionales.

Puesto en la disyuntiva de cruzarse de brazos ante la segura derrota de los candidatos populares, o intentar un supremo esfuerzo para obtener que el pueblo decidiera libremente sus destinos, Jorge González no vaciló. Llamaba a su conciencia aquella voz

del deber patriótico que, en 1810, incitara a la rebelión a un puñado de chilenos inconformistas.

Empapados en su espíritu, formados por él en la escuela del sacrificio y el amor patrio, llenos de fe en la justicia de la Causa, cien muchachos se ofrecieron para secundarle. No los escogió. Presentáronse espontáneamente. Obreros, estudiantes, hombres de esfuerzo y de lucha, mozos en la plenitud de la vida, muchachos que apenas transponían el umbral de la juventud, acudieron de todo el país, de todas las clases sociales, generosa y desinteresadamente. Chile enviaba sus mejores hijos a la hazaña heroica.

Con ardiente entusiasmo preparáronse para la empresa. El candidato del Partido, compenetrado también de la necesidad del golpe revolucionario, ayudaba a los complotados con armas y dinero. Tenía en el Ejército amigos y partidarios con cuyo apoyo creía contar, y tomó la dirección militar del complot.

Transcurrieron en medio de secretas y febriles actividades los meses del invierno, y se acercaba la primavera y con ella el día de la elección presidencial. El estallido del motín parecía inminente y, entre tanto, los complotados realizaban toda clase de sacrificios. Abandonaban unos sus empleos, otros sus ofi-

cios, éste sus clases, aquél sus exámenes. Los que terminados sus estudios, debían regresar a los hogares provincianos, retardaban el retorno; los egresados de la Universidad que se disponían a partir a Estados Unidos, aplazaban el viaje. La hueste vanguardista y su Jefe hallábanse preparados y ardían de impaciencia; pero el General Ibáñez difería continuamente la fecha de la asonada, pretextando que aun faltaban algunos militares a quienes atraer al complot.

La necesidad de que estallase el motín tornábase cada vez más apremiante. Diversos y graves motivos aconsejaban que no se retardase la ejecución de un acto cuyos preparativos corrían riesgo inminente de ser descubiertos por los agentes del Gobierno. Por otra parte, ya se habían tomado todas las medidas para que la acción revolucionaria diera los resultados que se deseaban. La toma de la Universidad y de la Caja del Seguro Obrero, edificios inexpugnables a los ataques de fuerzas que no fuesen las del Ejército, sería la llamarada que encendería la rebelión. Apoyado por las tropas y por el pueblo, el movimiento revolucionario llevaría al Gobierno hombres honrados y austeros que, al impedir el cohecho en la elección presidencial, darían un golpe de muerte a la candidatura del ex Ministro Ross, y el pueblo podría elegir con plena libertad al candidato de su preferencia.

Previsto y calculado todo, hasta un posible fracaso, hubo, sin embargo, algo que la mente humana no podía prever: la masacre horrenda. La muchachada vanguardista hablaba del sacrificio y de la muerte con sereno estoicismo, y todos imaginaban triunfar o caer en honrosa lid, frente a un adversario hidalgo y valiente; y ni aun los que presintieron la traición, pudieron vislumbrar siquiera todo el horror del crimen.

Comprendiendo que Ibáñez perdía en inexplicables vacilaciones un tiempo precioso, el Jefe vanguardista resolvió dar el golpe revolucionario a medio día del 5 de Septiembre. Ordenó a su lugarteniente, Oscar Jiménez, que reuniese a los complotados; y dispuso que el ex militar que le servía de intermediario con el Ejército, pusiese en conocimiento de los oficiales comprometidos y el General Ibáñez la resolución tomada. Al mismo tiempo, impartió instrucciones a Pedro Foncea para que obtuviera el alzamiento de la guarnición de Talca, comprometida en el complot.

El General recibió el aviso en la mañana del 5; los oficiales de los regimientos de Santiago no lo recibieron, según declararan más tarde. De acuerdo con lo convenido cuando se gestó el motín, una vez que éste estallase, Ibáñez debía dirigirse a uno de los regimientos y dar desde allí sus instrucciones al resto de las tropas. El único cuerpo de ejército con el cual no podía contar, era la Escuela de Infantería.

¿Por qué extraña causa el General, profundamente alterado ante el estallido de la revolución, no pensó en otra cosa que en ir precisamente a aquella Escuela de Infantería y entregarse al comandante hostil a la asonada? Esta entrega tuvo por inmediata consecuencia el desconcierto total de los oficiales que en Santiago y en provincias aguardaban, arma al brazo, las órdenes de Ibáñez.

La parte militar de la asonada había fracasado, pues, de lamentable manera; pero la acción que correspondía a la muchachada vanguardista se realizó fiel y heroicamente. Los asaltantes de la Universidad y de la Caja del Seguro Obrero supieron cumplir y morir. Mario Pérez, dirigente del grupo universitario, había expresado al Jefe: "Estamos dispuestos a sacrificarnos y hacer la revolución con los militares o sin ellos. Sabremos morir solos".

Cuando a las doce de aquel día, Oscar Jiménez tomó por asalto una estación radio-telefónica y anunció al país que había estallado la revolución—era la consigna convenida entre los complotados—un grupo de revolucionarios al mando de Ricardo White se apoderaba de la Caja del Seguro Obrero, y otro bajo las órdenes de Mario Pérez se hacía fuerte en la Universidad de Chile.

Fué un instante de transcendentales consecuencias para la nación. El Jefe vanguardista lo presintió así

cuando dijo en esos momentos al compañero que se hallaba con él: "Hemos entrado en un período histórico de la vida de Chile. Aunque el movimiento fracase, algo me dice que sus consecuencias serán de enorme transcendencia para el futuro político del país".

Tres horas resistieron a los carabineros los amotinados en la Universidad. Debieron entregarse al fin, cuando una batería del Regimiento Tacna destruyó la puerta principal del edificio. Tenían orden de no combatir contra el Ejército. Rendidos e indefensos, fueron salvajemente golpeados por sus aprehensores. Siete de ellos quedaron tendidos en el recinto de la Universidad. Era el preludio de la masacre.

Custodiados por carabineros y con los brazos en alto, los sobrevivientes emprendieron aquel camino del calvario cuya visión, multiplicada por el lente fotográfico en diarios y revistas, se ha grabado en el recuerdo de todos los chilenos. No necesitamos hacer un esfuerzo para evocar el trágico desfile. Llevados a la Sección de Investigaciones por la calle Bandera, se les ordena devolverse por Avenida O'Higgins y seguir por Morandé. Luego, a la altura de Agustinas, nueva orden de retroceder para introducirles en la Caja del Seguro. Al pasar frente a la puerta de la

casa presidencial, los prisioneros oyen el siniestro diálogo entre el oficial que les conduce y el General de Carabineros. Hay orden del Gobierno de "liquidarlos a todos".

Entre tanto, en la Caja del Seguro los amotinados resisten en los pisos superiores. Han obstruído las escaleras con todos los muebles que encontraran a mano, y parapetados tras estas improvisadas trincheras, mantienen a raya al enemigo. Arrojan bombas detonadoras y disparan al aire. Con la consigna de resistir a todo trance, tienen orden de no herir sino en el caso de estricta defensa, como ha ocurrido con el carabinero Salazar, en el momento en que se apoderaban del edificio. Llueve sobre éste la metralla de los atacantes apostados en la plaza, y una de las balas alcanza y mata instantáneamente a Gerardo Gallmeyer, el amotinado que se asomó a una ventana del séptimo piso. La muerte de Gallmeyer hubiese sido la única baja de los revolucionarios, a no mediar la bárbara masacre. Ignorantes de la actuación de Ibáñez y del desconcierto de los militares, aguardan el apoyo del Ejército, y prorrumpen en exclamaciones de alegría cuando ven aparecer en la plaza a los soldados del Buin. Mas, aquel regocijo dura poco. El Buin no ha venido en su auxilio.

Son las tres y media de la tarde. Los rendidos en la Universidad se hallan ya en la Caja del Seguro.

Uno de éstos, el estudiante Yuric, enviado por un oficial de Carabineros, sube a parlamentar con los revolucionarios atrincherados en el séptimo piso. Yuric logra ponerse en contacto con sus compañeros, pero no convence a White de que se rinda. El valiente comandante desconfía de la lealtad del adversario y ha prometido no entregarse por ningún motivo. Se le envía como emisario a otro camarada, Guillermo Cuello, quien en breves palabras le pinta la situación y le hace saber que el jefe de Carabineros amenaza fusilar a los rendidos si White y sus hombres no se entregan. Promete respetar las vidas, pero exige una inmediata rendición. Puesto en este duro trance, White opta por salvar a sus compañeros. Y se entrega.

Después de colocar banderas blancas en las ventanas y de arrojar las armas, los amotinados descienden con el cadáver de Gallmeyer al sexto piso. Allí les aguardan los aprehensores, y no bien ha bajado el último de los rendidos, cuando una descarga cerrada les derriba a todos. Se les ha fusilado a mansalva y se les remata a golpes de sable y culatazos. Y viene después el despojo infame. Ropas, dinero y todo objeto de algún valor desaparece en manos de aquellos defensores de la propiedad ajena.

Algunos instantes después, los rendidos en la Universidad corren igual suerte. Les hacen subir al sexto piso, les obligan a pasar sobre los cadáveres de sus compañeros, amontonados en las gradas y en el es-

trecho pasillo, y allí les fusilan. Y, como a los otros, se les remata y despoja. La orden gubernamental de que no quede vivo ningún prisionero, se cumple escrupulosamente. Un médico de la Asistencia Pública, el Dr. Díaz, que ha acudido con la ambulancia y oye las detonaciones y los gemidos desgarradores, es conminado por un oficial de Carabineros a retirarse. No se necesitan los servicios médicos. "¡No habrá heridos!"

Y este acto de barbarie sin parangón en los anales patrios, no se ha realizado en un lejano paraje de la República, sino en pleno corazón de la capital, junto al palacio del Gobierno y a la morada de los Presidentes de Chile.

Desde la casa de un militante del Partido, en la calle Carvajal, el Jefe vanguardista se había comunicado por radio-telefonía con los amotinados de la Caja del Seguro; y cuando aquella comunicación cesó, las radio-estaciones de la ciudad le impusieron del desenlace de la asonada.

Cayó la noche siniestra sobre la frustrada revolución, y al transmitir el último boletín, la radio de "El Diario Ilustrado" anunció al país que la revuelta había sido ahogada en sangre. Refirió, como si se

tratase de una honrosa hazaña, que los amotinados de la Universidad, conducidos a la Caja del Seguro, habían servido de parapeto a los carabineros durante el combate, y agregó el "speaker" con voz insegura—como si el puñal del remordimiento se le clavara en el alma al proferir la vil mentira—que los revolucionarios se habían muerto entre sí.

Era la primera infamia que los defensores del Gobierno arrojaban sobre los mártires. Al día siguiente, un periódico les llamaría "gente de la hampa", y luego otros diarios derechistas tejerían sobre los muertos la burda calumnia de "la semana roja". Los asesinos encontraban decididos amparadores entre la gente que nada sabía ni quería saber de hambres y miserias populares. Aquellos muchachos inmolados por la redención del pueblo, habían pretendido turbar la paz, el bienestar y los negocios de los señores que medraban a la sombra del viejo régimen; y era natural que éstos aplaudiesen el celo con que "los beneméritos guardadores del orden" habían exterminado a los revoltosos. Era lógico también que, para ellos, "el principal culpable" no fuera el que ordenó la masacre de la juventud rendida, sino el inspirador del motín que impidió el triunfo del candidato derechista.

En la mañana del 6 de Septiembre, después de conocer la magnitud de la tragedia, el Jefe vanguar-

dista resolvió entregarse a la Justicia. "Estaba demudado, pero conservaba el dominio de sí mismo", ha referido el leal compañero que estuvo con él en aquellas terribles horas. En la casa de la calle Carvajal, donde velara toda la noche, escribió la memorable carta que era su testamento, pues tenía en esos instantes la certidumbre de su muerte. Sería asesinado o se le fusilaría después de breve proceso. Sin embargo, no le hubiese sido difícil huir. Aquella casa no era vigilada. Los agentes del Gobierno le buscaban en sitio muy distante. Su fiel compañero tenía el automóvil a la puerta y podían emprender la huida en cualquier momento y ocultarse en un lugar seguro, en una Embajada extranjera.

Pero el Jefe vanguardista creía que cuando se fracasa es preciso arrostrar las consecuencias. No le había faltado otras veces el coraje para encarar la responsabilidad de sus actos. Y ahora la asumía sin vacilaciones.

En el momento de marchar a entregarse a la Justicia y a la muerte, ordenó a su lugarteniente que se pusiera en salvo. Por primera vez, Oscar Jiménez no le obedeció. Quería compartir su suerte. Y a pesar de la orden terminante, marchó con él a la Comisaría.

La actitud de Jorge González era la que sus compañeros esperaban del hombre en quien habían creí-

do. No les defraudaba. Y esta fe en el Jefe, única luz en medio del abrumador desastre, fué un sentimiento muy hondo de satisfacción que alentó a sus partidarios en aquellos amargos días.

Si no tenía el coraje de los valientes, el Presidente Alessandri poseía la impavidez de los audaces, y ante un micrófono asumió, en la noche del 30 de Septiembre, la responsabilidad que le correspondía: la del crimen. No hubo tribunales para él, y escudado por cómplices y amparadores, huyó de la tierra que clamaba venganza.

Mas, ¿qué importa que la justicia humana no le alcanzara? ¿Qué importa que tarden la vindicta y el castigo, si sobre la tumba de los mártires se hizo realidad el anhelo que les llevó al sacrificio, y con su sangre compraron la unidad del pueblo y su libertad?

El movimiento revolucionario vencido el 5 de Septiembre, triunfaba el 25 de Octubre, y pese al Gobierno y a la casta plutocrática, un legítimo representante del pueblo asumía la Presidencia de la República.

El heroísmo de los muchachos inmolados, su admirable ejemplo de abnegación y amor patrio y la indignación sin límites producida por la bárbara ma-

sacre, hicieron posible el triunfo del pueblo, pues redoblaron en él la ardiente resolución de vencer y despertaron en su alma el antiguo espíritu de la raza, el de los sacrificios magnánimos y las gestas legendarias.

Sobre la tierra que cubre los despojos de la gloriosa juventud del 5 de Septiembre, se anuncia la alborada de un día más sereno y más clemente para el hombre que trabaja y que sufre; y los que aun aguardan la justicia definitiva, avanzan hacia la realización de sus anhelos a la luz de este amanecer promisor de un futuro de bienestar y de paz para el pueblo de Chile.

J. de M.

Septiembre de 1939.

Los Mártires



Enrique Herreros del Río

ENRIQUE HERREROS DEL RIO

Hijo de don Gonzalo Herreros y de la señora Rosa del Río. Nacido en Santiago, en 1917.

Al evocar en esta serie de semblanzas las sombras de los cincuenta y ocho mártires que el 5 de Septiembre de 1938 dieron la vida por la redención del pueblo y la grandeza de Chile, encabeza el trágico desfile, como abanderado de la legión inmortal, el estudiante de la Escuela de Arquitectura que, en la hora suprema, supo ser el intérprete del pensamiento y del sentir de sus compañeros de martirio.

La carta que Enrique Herreros del Río escribiera en la mañana del 5 de Septiembre, fué la clave que permitió a sus compatriotas descifrar el sentido heroico y admirable de un acto que, en los primeros momentos, pudo parecer desconcertante. Aquellas breves líneas trazadas de prisa en el instante de marchar a la cita revolucionaria, esas frases sencillas, conmo-

vedoras, en que se transparenta la emoción del que presiente el adiós eterno, bastaron para convencer al país, atónito, de que aquellos muchachos habían ido a la arriesgada empresa llevados únicamente por el más puro y elevado patriotismo, por un ardiente amor a su pueblo; y que la empresa, de larga y cuidadosa preparación, había sido conocida y aceptada de antemano plenamente, fervorosamente, con la serena intrepidez de quienes están dispuestos a todos los sacrificios y todas las renunciaciones por el triunfo de una causa más preciada que la vida.

El espíritu viril del estudiante se refleja en la carta inolvidable:

"Mamacita, Margot querida y mis buenos hermanos:

"Si a estas horas no he vuelto (1), sólo les pido que me perdonen por los momentos de angustia de que seré culpable"...

Habla primeramente el hijo, el novio, el hermano cariñoso. La certidumbre del dolor que va a causar a los que ama, le desgarra el corazón; pero, vencida la natural congoja, es luego el patriota, el idealista, el revolucionario ardiente y generoso quien escribe sin titubear:

"La suerte de mi patria querida es para mí (per-

(1) Entregó la carta a su hermana con el encargo de no abrirla hasta las seis de la tarde.

dónenme) más preciosa que todas las felicidades que ustedes me puedan proporcionar".

El interés patrio está para él sobre todas las cosas de la tierra, y he aquí la suprema razón de su conducta, de su temeridad ante la muerte, de aquel doloroso adiós a los seres amados, del holocausto de su juventud, de su porvenir y de cuanto le promete la existencia.

Nada anhela con tanto ardor, con tanta vehemencia como la redención de su pueblo; y nada, ni consideraciones ni temores de ninguna especie tendrán el poder de arredrarle en aquella empresa de salvación patria. "Sé bien—dice el noble mozo—que muchas personas me juzgarán mal; pero no me importa. Siento la satisfacción íntima de sacrificarme por algo superior". Algunas horas más tarde, consumado el sacrificio en la Caja del Seguro, un valeroso hijo del pueblo, moribundo, expresará el mismo sentir del estudiante: "¡No importa, camaradas, porque nuestra sangre salvará a Chile!"

La última vez que el lente fotográfico captó la figura de Enrique Herreros, fué en el camino del calvario. Los amotinados, prisioneros en la Universidad y llevados a la Sección de Investigaciones, son devuel-

tos a la Caja del Seguro. En medio de la larga fila de rendidos marcha el estudiante de arquitectura. Va en mangas de camisa. En la Universidad se despojó de la chaqueta para manejar una ametralladora. Con ella no hirió a los atacantes, pero supo amedrentarles. Cogido de los brazos que se ha negado a levantar, le llevan dos carabineros. Algo ocurre en torno de ellos; los aprehensores vuelven la cabeza, miran hacia atrás, diríase que intentan detenerse. Mas, el estudiante continúa avanzando con paso firme, sin volver el rostro. Hecha la ofrenda de la vida, ya nada le interesa en este mundo. Sabe, seguramente, que recorre el último camino. Tal vez ha oído la orden implacable: "¡Qué les maten a todos!"

Pero, no le importa. Siente "la satisfacción íntima de sacrificarse por algo superior".



César Parada Henriquez

CESAR PARADA HENRIQUEZ

Nacido en Santiago, el 6 de octubre de 1914. Hijo de don Waldo Parada y de la señora Lucrecia Henríquez.

Cuando en los diarios de aquel triste día que siguió al de la masacre, se publicó el nombre de los muchachos inmolados, de labios de todos sus compañeros se escapó la misma exclamación: —"¡Han caído los mejores!" Y era la verdad. Al llamamiento del deber patriótico había acudido un grupo de valientes que eran no sólo la flor del Partido, sino lo más puro y generoso de la juventud chilena. Y entre esa mocedad escogida se hallaba César Parada.

Príncipe de la inteligencia y de la nobleza de alma, le ha llamado un escritor, y este nombre cuadra bien a aquel mozo que, si por su lealtad y su abnegación era un ejemplo, por su talento fué una lumbrera. Hoy, que ha rodado un año sobre su tumba, dijérase que aun perdura la sensación de estupor do-

loroso que causó su muerte, y esa amarga inconformidad ante la torpe inconsciencia del sayón que, vil instrumento de un gobernante indigno, apagó para siempre aquella clara inteligencia y detuvo el latir de un corazón en que sólo alentaban nobles y hermosos sentimientos.

No se puede recordar lo que fué César Parada sin que el pensamiento de lo que hubiera sido entristezca el espíritu. En su corto paso por la vida se destacó su figura con tal relieve, fueron sus breves años tan plenos y fecundos, que por ellos puede juzgarse lo que aquel muchacho llegara a ser en la plenitud de la vida.

Mostró desde niño un precoz talento y una comprensión singular de sus deberes. Huérfano de madre casi en la cuna, halló en la hermana mayor la ternura y la solicitud maternales, y recibió de ella los primeros consejos y las primeras lecciones. Después de cursar humanidades en el Liceo Amunátegui, ingresó, por deseo de su padre, en la Escuela de Artes y Oficios donde, por haber obtenido la más alta nota en el examen de admisión, fué premiado con una beca. En 1932 terminó brillantemente los estudios de ingeniero electricista; mas, como comprendiese que no era esa su verdadera vocación, resolvió estudiar Derecho, para lo cual tenía excepcionales aptitudes. En la Universidad sobresalió inmediatamente por las cua-

lidades de su espíritu y de su carácter, y puede afirmarse que durante estos últimos años no ha habido un líder estudiantil de tan recia personalidad y envergadura moral como César Parada.

En los albores de su juventud fué, como muchos mozos de su edad, amigo de fiestas y diversiones; mas, cuando el ideal de la Vanguardia Popular Socialista penetró en su alma, todas las virtudes que permanecían como adormecidas en ella, despertaron vigorosamente. El era el primero en reconocer aquel cambio y solía decir que el Jefe, a quien quería y admiraba profundamente, le había moldeado de nuevo el espíritu, transformándole en otro hombre, pues le había hecho comprender que mientras hubiese en esta tierra hambre y dolor y la miseria aniquilase a nuestro pueblo, ningún chileno tenía derecho a disfrutar de tranquilidad y del goce de vivir.

Y consecuente con esta convicción, él, que poseía cuanto puede hacer grata la vida, que tenía a su alcance un porvenir de éxitos y triunfos, consideró que no podía gozar de los dones que la suerte le deparaba, en tanto que no se convirtiera en realidad el ideal de justicia y redención populares al cual jurará consagrarse.

Y en aras de ese ideal sacrificó todo, hasta el amor que durante tres años le sonriera, y la profesión en que ya estaba a punto de graduarse. No quiso omitir

ningún esfuerzo, ningún sacrificio. Dispuesto en todo momento a ocupar el puesto que el Partido le señalara, no titubeó en aceptar el cargo de Subdirector de "Trabajo", aunque para ello debiese abandonar temporalmente las aulas universitarias, donde tan brillante actuación tuviera como Director del Grupo Universitario Vanguardista.

Poseía grandes dotes de orador. En 1937 había sido delegado de la Escuela de Leyes en la Segunda Convención de Estudiantes de Chile e integró las comisiones de estudio, cuyos debates ilustró con su talento y su saber. Supo desempeñar con éxito los cargos que el Partido le confiara. Comisario de la 3.ª Comuna, dirigió las elecciones municipales de 1935. Fué director en 1937 de la campaña electoral de Cautín, y en 1938 tuvo a su cargo las elecciones municipales de Valdivia. A principios de ese año hizo una jira por todas las ciudades del sur y su palabra elocuente y empapada en fervor patriótico se hizo oír en medio de atronadores aplausos.

De atrayente y gallarda figura, de criterio sereno y sensato, nadie hubiera creído que aquel tribuno, cuya voz resonaba potente en teatros y plazas, fuera un muchacho de sólo veinticuatro años. Enérgico y resuelto, no era, sin embargo, temerario. El peligro no le atraía. César Parada amaba la existencia y, sin duda, uno de sus mayores anhelos era vivir para la

Causa. Mas, cuando comprendió que el triunfo de esa Causa le exigía la vida, la dió sin vacilar. Los compañeros que le conocieron íntimamente pueden dar testimonio de lo grande y lo heroico que fué su sacrificio.



Francisco Maldonado Chávez

FRANCISCO MALDONADO CHAVEZ

Hijo de don David Maldonado y de la señora Petronila Chávez. Nacido en Calbuco, el 23 de agosto de 1909.

"Chile necesita del sacrificio de sus hijos. Estamos obligados a sacrificarlo todo si con ello Chile se salva".

Así escribía Francisco Maldonado algunos meses antes de su muerte, en carta confidencial a un compañero que en Magallanes luchaba, como él, por el triunfo de la Causa. Y en otra ocasión expresaba:

"¿Verdad, amigo, que es sublime nuestro ideal? ¡Qué errados anduvimos por los caminos de la vida antes de servir a Chile y qué necios fuimos al ambicionar unos cuantos galones! Servir a la Patria, he aquí la felicidad cumbre del hombre. Desde que visto el humilde y glorioso uniforme gris estoy orgulloso, y mi alma se ensancha cada vez que puedo expresar este sentimiento. Decidido a cumplir cualquiera or-

den de nuestro Jefe, espero la hora en que tenga que avanzar a la vanguardia de la chilenidad".

Maldonado vertía libremente en las páginas de su correspondencia íntima los sentimientos que desbordaban de su corazón generoso y romántico, y esas confidencias revelan cuán compenetrado se hallaba de los ideales de su Partido y cuán hondo era y sincero el amor a la Patria que arraigaba en su pecho desde los días de la niñez, desde aquellos años de la Escuela Naval, que el ex marino recordaba siempre con cariño y nostalgia.

Hijo del sur, diríase que llevaba en el alma la poesía de la región en que naciera, región de los lagos azules y las selvas magníficas. Amaba aquellos parajes, "las islas ceñidas por apacibles canales, los volcanes con manto de armiño, el mar por donde navega el Caleuche fantasma". El encanto de su tierra halagaba su espíritu de soñador enamorado de las bellezas y las glorias de la Patria.

Doce años tenía cuando sus padres le colocaron en la Escuela Naval, y contaba diecisiete al recibir el grado de Guardiamarina. Era Teniente 2.° en 1931; pero tuvo que retirarse temporalmente de la Armada a causa de una larga enfermedad, que le obligó, por último, a abandonar la carrera. Se dedicó en tonces al periodismo, y como luego abrazó la causa vanguardista, fué entusiasta redactor de "Trabajo",

en cuyas columnas aparecían constantemente sus vibrantes y hermosos artículos, modestamente firmados por "Frama".

Mas, sus actividades en favor de la Causa no se limitaron a los trabajos periodísticos. El escritor quiso ser soldado también, e ingresó a las Tropas de Asalto. Teniente en 1936, ascendió luego a Capitán y a Comandante del Batallón Santiago. Tuvo bajo su mando a todas las Tropas de Asalto en la Concentración Nacional realizada el 7 de diciembre en Concepción; y en abril de 1937 se le trasladó del Batallón Santiago al Comando General, con el cargo de Ayudante. A principios de 1938 se hallaba en Puerto Montt, nombrado Comisario Departamental con jurisdicción sobre Chiloé y Llanquihue.

En esta época tuvo a su cargo la campaña presidencial en las provincias del sur; tarea ingrata que cumplió, no obstante, con decisión y entusiasmo, en medio de la apatía y la pusilanimidad de la gente con que debió tratar. Sentíase muy solo, muy lejos de todo lo que le era grato, y recordaba con vivo afecto a los compañeros de lucha. "Quisiera estar junto a ustedes, escribía, al lado de los más combativos, en medio de los que gustan de la acción y de la responsabilidad, como César Parada y Marcos Magasich, siempre al pie del cañón".

Sabedor de que se preparaba una asonada para de-

rribar el régimen tan corrompido como odiado, pidió a un compañero que le comunicase oportunamente el día del motín. Quería tomar parte en él. Avisado por telégrafo, se vino a Santiago sin pérdida de tiempo y participó en el asalto a la Universidad. Se rindió allí y fué asesinado en la Caja del Seguro Obrero. Su cadáver no apareció en la Morgue hasta algunos días después. Se le había despojado de todo, hasta de la ropa.

La memoria de Francisco Maldonado se halla estrechamente vinculada al recuerdo de su madre. Fervorosa vanguardista, doña Petronila Chávez fué digna de haber dado el ser al mártir inmolado por la Patria. Poseía el temple de una heroína. Al saber la muerte de su hijo, quiso ocupar su lugar y se puso al frente del núcleo de Puerto Montt, que quedara sin Comisario. Con el corazón destrozado, se mantenía, no obstante, erguida y valerosa. Llevada a la cárcel, su ánimo no flaqueó. Mas, la pérdida del hijo la había herido de muerte, y al cabo de algunos meses fallecía, vencida por el dolor.



Juan Silva Tello

JUAN SILVA TELLO

Nacido en San Felipe, el 15 de abril de 1893. Hijo de don Manuel Silva y de doña Rosario Tello.

"Es el oficial de más arrojo y más adicto a la Causa", dice la calificación secreta de Juan Silva Tello, firmada por el Comisario Provincial de Valparaíso. Y añade: "Su espíritu patriótico es sobresaliente; tiene condiciones de mando; es audaz y muy valiente; tiene personalidad propia; su vida es correctísima, es excelente camarada, sin vicios, sin deudas, nadie ha reclamado jamás de su actuación".

Era, ciertamente, un militante del cual podía enorgullecerse el Partido.

Ingresó a la Causa en 1932. Fué alférez de las Tropas de Asalto en 1935, ascendió a teniente en 1938 y a comandante de la primera compañía del Batallón Aconcagua. Había recibido numerosas heridas durante los tumultos callejeros, en que los agen-

tes del Gobierno golpeaban y sableaban sin piedad a los defensores de la causa patria; y en recompensa por su valentía, el Partido le había autorizado para usar un distintivo especial en el uniforme, y el Jefe le concedió el premio extraordinario de la "Medalla al Valor".

En su vida privada era también un hombre ejemplar. Hacía diez años que desempeñaba el puesto de chofer en la Fábrica Carozzi. Excelente esposo, anhelaba hacer de sus hijos hombres honrados, valientes y patriotas como él.

Rendido en la Caja del Seguro Obrero, diez balas le desgarraron el pecho, y diríase que se necesitaba aquella ancha abertura para que la grande alma de Juan Silva Tello pudiese abandonar los terrenales despojos.



Hugo Badilla Tellería

HUGO BADILLA TELLERIA

Nacido en Valparaíso, el 30 de octubre de 1917. Hijo de don Plutarco Badilla y de la señora Romelia Tellería.

Algunos días después de la masacre, un defensor del Gobierno osó decir al Dr. Plutarco Badilla que el principal causante de la muerte de su hijo era el Jefe de la Vanguardia Popular Socialista. El padre del mártir corrigió inmediatamente: —"No. El primer causante soy yo". Y ante el desconcierto de su interlocutor, afirmó con energía: —"Me considero el primer culpable, porque yo inculqué en mi hijo un ardiente amor a la Patria y sembré en su corazón sentimientos de nobleza, abnegación y generosidad. Jorge González avivó después esos sentimientos y acrecentó ese patriotismo, e hizo de mi hijo un héroe. Ambos, pues, hemos contribuído a su muerte".

El público que, sobrecogido de admiración, asistió al sacrificio de la juventud vanguardista y que aun

se pregunta conmovido cómo en esta época de materialismo y cobardía pudo dar aquella muchachada semejante prueba de heroicidad y amor patrio, tiene en las nobles palabras del Dr. Badilla una elocuente respuesta.

Hugo Badilla era, sin duda, uno de los espíritus más dispuestos para recibir el influjo del ideal vanguardista. Su niñez y su adolescencia habíanse deslizado en un ambiente de rectitud y de respeto a los valores morales. Bajo la autoridad inteligente y previsora del padre y la vigilante ternura maternal, su alma se modeló con perfiles severos y puros. Los primeros estudios y los años de humanidades cursados en el Colegio de los S.S.C.C., contribuyeron a acentuar el sello de espiritualidad que se advertía en todas sus actividades.

El estricto concepto que tenía de la moral no le impedía ser alegre, entusiasta y amistoso. En el Grupo Universitario Vanguardista era uno de los camaradas más queridos.

En la época de su muerte cursaba tercer año de Ingeniería en la Universidad de Chile; y profesores y compañeros habían tenido ocasión de admirar sus actividades moralizadoras y su energía para combatir todo lo que pudiese rebajar o prostituir a la juventud. Católico sincero y fervoroso, en la mañana del 5 de Septiembre asistió a misa y comulgó. Quiso

prepararse para arrostrar tranquilamente el peligro y recibir la muerte, si llegaba, con alma limpia y serena.

Amigo íntimo de Mario Pérez, aquel otro muchacho místico y heroico, compartía con él los trabajos estudiantiles y luchaban juntos por el ideal patriótico en ese admirable Grupo Universitario que en el día de la prueba diera catorce mártires a la Causa.

Hacía algunos meses que Hugo Badilla había perdido a su hermano mayor, entusiasta vanguardista como él, y esta pérdida que le afectó profundamente, redobló su adhesión a la Causa, como si hubiera querido reemplazar al hermano en las filas del Partido.

Hugo Badilla, rendido en la Universidad, fué asesinado en la Caja del Seguro Obrero.



Jesús Ballesteros Miranda

JESUS BALLESTEROS MIRANDA

Nacido en Melipilla, el 3 de mayo de 1903. Hijo de don Javier Ballesteros y de doña Rosa Miranda.

El día de la asonada, muy de mañana, antes que llegasen los compañeros citados a su casa, Jesús Ballesteros salió en busca de un camarada por el cual sentía especial aprecio. Cruzó las desiertas calles de aquel apartado barrio de Santiago y llegó a la morada del amigo en circunstancias de que en ella todos dormían, y sólo después de fuertes aldabonazos consiguió que el dueño de casa, malhumorado y soñoliento, se levantase y saliera a abrirle.

Trocado en satisfacción el malhumor al encontrarse con Ballesteros, quedó el amigo, sin embargo, sumido en hondas cavilaciones cuando se impuso del motivo de la visita. No se aventuró a dar una respuesta definitiva, y acordaron volver a reunirse antes del mediodía en la Casa Central del Partido. Hi-

ciéronlo así, y esta vez el compañero confesó francamente que le faltaba coraje para participar en el motín. —"Ya no soy joven, dijo, y tengo mujer e hijos". Ballesteros respondió: —"Yo también los tengo; pero, para mí, antes que ellos está la Patria". Y dominado por una súbita emoción, añadió: —"Deme un abrazo, camarada, antes de separarnos, porque presiento que esta será nuestra última despedida".

Jesús Ballesteros Miranda era maquinista de los Ferrocarriles del Estado. Había ascendido desde fogonero. Debía la situación relativamente holgada de que disfrutaba, a su propio esfuerzo, a su inteligencia y a su intachable conducta. Para adquirir los conocimientos que necesitaba, siguió los cursos nocturnos de la Escuela de Artes y Oficios, y en la época de su muerte aun estudiaba, preparándose para un nuevo ascenso en la carrera.

Alto, moreno, de recia contextura, era uno de los escasos representantes que aun quedan de la antigua raza chilena, sana y fuerte. Desde muy joven había trabajado para ayudar a su padre y mantener a sus numerosos hermanos, huérfanos de madre. Hizo el servicio militar en el Regimiento Buin y recibió el nombramiento de cabo como recompensa por su ex-

celente comportamiento. Después contrajo matrimonio y formó su hogar.

Jesús Ballesteros, ejemplo de hombre sobrio y honrado, buen hijo y buen esposo, era, por encima de todo, un ardiente patriota y un leal soldado de la Causa. Valeroso y decidido, no le arredraban los peligros ni las persecuciones. Preso en la cárcel de Rancagua con motivo de la ruin celada que los agentes del Gobierno tendieron en 1936 al Jefe de la Vanguardia y a un puñado de sus valientes, Ballesteros abandonó la prisión con redoblados bríos y con una adhesión cada vez más profunda al Partido y a su Jefe. Como un reconocimiento de sus excepcionales méritos, se incluyó su nombre en la lista de candidatos a diputados que presentó el Partido en las elecciones de 1937.

Ballesteros, que tomó parte en el asalto a la Universidad, donde se rindió junto con sus compañeros, fué ametrallado por la espalda en la Caja del Seguro Obrero.



Ricardo White Alvarez

RICARDO WHITE ALVAREZ

Hijo de don Jorge White y de la señora Isabel Alvarez. Nacido en Valparaíso, el 2 de agosto de 1914.

Desde niño dió pruebas de poseer una gran voluntad.

Hizo sus estudios en el Liceo y después en la Universidad Católica de Valparaíso. En ambos establecimientos supo distinguirse por su buena conducta, su disposición para el estudio y la firmeza excepcional de su carácter. Tenía dotes de escritor y dè poeta.

Trabajó durante cinco años en una casa comercial; pero debió dejar el empleo para cumplir con sus deberes cívicos en la Escuela de Aviación de El Bosque. Terminado el servicio militar, volvió a emplearse. Fué vendedor de la Casa Miller. Con su trabajo sostenía a su madre, a quien profesaba un tierno afecto.

Militante de la Causa vanguardista desde 1934, fué nombrado en 1936 alférez de las Tropas de Asalto y luego teniente. En 1938 era comandante del Batallón Santiago. Tomó parte en diversas acciones en que se pusieron de manifiesto su valentía y su leal adhesión al Partido.

El 5 de Septiembre comandaba a los amotinados en la Caja del Seguro Obrero, y supo cumplir fiel y valerosamente la misión que se le confiara. Tenía la resolución de resistir con sus compañeros hasta el último momento, y cuando se le pidió la rendición por intermedio de uno de los estudiantes apresados en la Universidad, se negó porque presentía el engaño y la traición del enemigo. Mas, apremiado por éste con la amenaza de que se fusilaría a los prisioneros de la Universidad si no se entregaba, se resignó a la rendición. ¡Sacrificio inútil! Enarbolada la bandera blanca y depuestas las armas a cambio de la promesa de respetar las vidas, bajaban White y sus compañeros la escala del sexto piso, cuando repetidas descargas los tendieron sobre las gradas. Refiere uno de los sobrevivientes de la bárbara masacre, que White cayó con los dientes apretados de coraje y de indignación ante la infame celada.

En la mañana de aquel día había enviado a su madre, por intermedio de un hermano, tierna y con-

movedora despedida. Esa postrera carta revela el temple de alma de Ricardo White. Alma generosa y viril de un patriota para el cual "valía más caer luchando por nobles y justas causas que morir inútilmente en una cama".



Julio César Villasiz Zura

JULIO CESAR VILLASIZ ZURA

Nacido en Valparaíso, el 21 de diciembre de 1917. Hijo de don José Manuel Villasiz y de la señora Romelia Zura.

Cuando en la mañana del 5 de Septiembre los complotados para tomarse la Caja del Seguro Obrero supieron que, por uno de esos contratiempos imposibles de prever, les faltaba el técnico que debía manejar el aparato de radio-telefonía, quedaron perplejos, sin saber a quién acudir. Alguien nombró entonces a Julio César Villasiz y habló de sus conocimientos radio-telefónicos. Inmediatamente, uno de los dirigentes del complot, fué en su busca. Hallábase Villasiz deseoso de tomar parte en el motín; de suerte que, al enterarse de lo que ocurría, no vaciló en ofrecer su cooperación. Marchó sin tardanza a la Caja del Seguro. Allí, en medio de la lluvia de balas que penetraban por las ventanas del edificio, mostró una sangre fría admirable. Transmitía los men-

sajes sin inmutarse. Relataba los incidentes de la acción, la violencia con que se atacaba al edificio y la molesta posición en que los amotinados debían mantenerse para evitar las balas, con el tono jovial con que se describiría una aventura sin consecuencias. Sólo le tembló la voz levemente al anunciar la muerte de Gallmeyer: —"Uno de los nuestros ha caído... No sé quién es... El Dr. Magasich acudió a atenderlo".

Julio César Villasiz, de carácter amable y bondadoso y de conducta ejemplar, era antiguo soldado de la Causa. Había cursado sus primeros estudios en Valparaíso y las humanidades en el Liceo de San Bernardo. Hizo el servicio militar en la Escuela de Infantería. En la época de su muerte hallábase empleado como técnico en una Casa de Radio-Telefonía.



Pedro Angel Riquelme Triviño

PEDRO ANGEL RIQUELME TRIVIÑO

Hijo de don Isael Riquelme y de la señora Angela Triviño. Nacido en Río Negro, el 7 de diciembre de 1913.

Algunas semanas después de la masacre, el Comisario de Río Negro, Isael Riquelme, enviaba a la Directiva de la V.P.S. un comunicado en que daba cuenta de la marcha del núcleo. Entre los párrafos de aquel documento hallábase el siguiente:

"Punto sexto. De este núcleo de Río Negro cayó mi hijo Pedro en los sucesos del 5 de Septiembre. Me queda, sí, el orgullo santo de saber que murió por su causa y por la patria. Cuando el Jefe estuvo en Osorno, le dije yo que podría acompañarlo sólo hasta las elecciones a causa de mis preocupaciones familiares. Pero ahora, dadas las circunstancias, sería una cobardía de mi parte que no siguiera prestando mi modesto concurso a la causa por la que mi hijo dió

su sangre. Quiero llenar con mi trabajo el claro que él dejó en nuestras filas".

Terminado el punto sexto, el Comisario de Río Negro seguía con otros acápites referentes a diversos asuntos de organización.

No se necesita más para pintar el temple de alma de Isael Riquelme. Y un hombre de tan recia personalidad merecía tener un hijo como el heroico muchacho muerto "por la causa y por la patria" el 5 de Septiembre.

Pedro Riquelme, obrero estucador como su padre, había ingresado a la causa vanguardista en 1934. Su juventud y su carácter vivo e impetuoso le hicieron cometer algunas faltas de obediencia, que la Dirección del núcleo castigó con la separación temporal de las filas. Aquella medida disciplinaria afectó profundamente al mozo, que se propuso reparar con una ejemplar conducta su pasada incorrección. Cumplió tan a conciencia este propósito, se mostró tan adicto al Partido y trabajó por él con tal empeño, que al cabo de un año, el Comisario pidió al Jefe, cuando éste visitó el núcleo, que le permitiera reincorporar a las filas a Pedro Riquelme Triviño. "Se lo pido, Jefe —expresó—no como padre sino como Comisario de Río Negro". Vivamente emocionado, Pedro Riquelme prometió cumplir con absoluta fidelidad sus deberes de soldado de la Causa y dar la vida por ella, si

era preciso. El Jefe ordenó reincorporarlo al Partido, y el mozo supo cumplir heroicamente su promesa.

Nombrado en 1936 Comandante de las Tropas de Asalto, con el grado de abanderado y luego con el de alférez, tuvo que soportar muchas persecuciones de parte de los agentes del Gobierno y muchos días de prisión, de lo cual se enorgullecía. "Estos carcelazos, declaraba, son para mí un timbre de honor".

Vino a Santiago para el desfile del 4 de Septiembre y tomó parte en el asalto a la Universidad, donde fué inmolado.



Mario Pérez Perreta

MARIO PEREZ PERRETA

Hijo de don Manuel Pérez Barros y de la señora Ana Perreta. Nacido en Iquique, el 24 de marzo de 1915.

En la noche del 18 al 19 de mayo de 1938, mientras caía una copiosa lluvia, algunos obreros con el uniforme de los operarios de la Compañía de Teléfonos, trabajaban en los jardines del Congreso colocando, al parecer, una instalación radio-telefónica. Desde la calle, un mozo alto y apuesto, cubierto con elegante impermeable, daba órdenes y vigilaba el trabajo. Era, a no dudar, el ingeniero encargado de dirigir la colocación de los cables que el día 21 transmitirían a todo el país el discurso presidencial con que se inauguraría el año parlamentario.

La Sección de Investigaciones y el Cuerpo de Carabineros ejercían en aquellos días una estrecha vigilancia en torno del edificio, pues, el Gobierno, inquieto a causa del anuncio enigmático que publicaba

diariamente "Trabajo", temía que los militantes vanguardistas intentaran vengarse con alguna broma pesada, como la del año anterior, de los hombres del Gobierno que les habían prohibido rendir homenaje a los héroes de Iquique.

Aquellos activos operarios no parecían de ningún modo gente sospechosa. Operaban a la vista de todos y el ingeniero daba las órdenes con voz firme y sonora. Sin embargo, si un espíritu curioso hubiese examinado los útiles de que se valían para la instalación, habría quedado perplejo. Cien metros de cable, una pequeña linterna, un cortaplumas, un alicate y un extraño envoltorio era todo lo que habían llevado, además de la larga escala que pidieron prestada y que apoyaron en una de las antiguas palmeras que ornamentan el jardín de la casa parlamentaria.

Nadie reparó, sin embargo, en aquella curiosa manera de trabajar, y al día siguiente, el sol de otoño arrancó fulgurantes destellos al grueso y visible cable, tendido desde lo alto del vetusto tronco hasta las profundidades de un pasaje de la calle Catedral.

En la tarde del 21 de Mayo, cuando el Presidente de la República y sus Ministros, con un séquito de altos personajes, entraban ceremoniosamente en el Salón de Honor del Congreso, la original instalación de radio explotó estrepitosamente, sembrando el pá-

nico entre los asistentes al acto y el numeroso público que rodeaba el edificio.

Mientras la ira del odiado mandatario y de sus cortesanos no tenía límites ante aquella atrevida burla, el público, desconcertado por la audacia increíble de la traviesa muchachada vanguardista, atribuyó a los agentes del Gobierno la paternidad del petardo. Juzgó que era un ardid de que se valían para extremar las persecuciones.

Esta osada aventura revela el temple de espíritu de Mario Pérez, pues no era otro el serio y correcto ingeniero que, en medio de la calle, iluminado por potentes reflectores y expuesto a caer en cualquier momento en manos de los esbirros del Gobierno, dirigió con sin igual presencia de ánimo la colocación de la bomba detonadora.

Mario Pérez unía a la intrepidez y a la serena valentía una inteligencia superior. Desde los cursos de humanidades mostró una extraordinaria capacidad, y después, en la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile fué, según opinión de sus profesores, el alumno más sobresaliente que, en los últimos años, pasara por esas aulas. Se le eligió Presidente del Centro de Ingeniería y Delegado ante la Facultad.

A la vez que seguía el curso universitario, tomaba lecciones de electricidad y de mecánica automovilística y atendía un empleo en la firma Saa Vial. Al-

gunas construcciones, como el Teatro Santa Lucía, estuvieron a su cargo. Egresado de la Universidad, se preparaba, junto con algunos compañeros, a emprender viaje de estudio a Estados Unidos.

Cursaba el tercer año de Ingeniería cuando empezó a contribuir con su trabajo al sostenimiento de la familia; y pocos días antes de su muerte, presintiendo el próximo fin, tomó un seguro de vida a favor de sus padres. Hijo ejemplar, leal amigo e incomparable camarada, era un entusiasta deportista a la par que un lector incansable. Católico de verdad, generoso y desprendido, el espectáculo de la miseria popular le entristecía y le sublevaba el alma.

El ideal de justicia social preconizado por la Vanguardia Popular Socialista, era la llama en que se abrasaba su espíritu. La causa del pueblo y el interés de la Patria transformaban al muchacho tranquilo y estudioso en un apóstol y en un revolucionario. Mario Pérez, que era el alma del Grupo Universitario, fué uno de los complotados que con más tesón prepararon la asonada del 5 de Septiembre.

Aquel día, a las once de la mañana, transmitidas las postreras órdenes y solucionadas las últimas dificultades, Mario Pérez regresó a su casa. Se encaminó directamente al dormitorio de su madre y, sentado a los pies de la cama donde ella reposaba, charló durante un rato. Y había tanta serenidad en los ojos

juveniles, tanta placidez en aquella charla, que la madre no pudo sorprender el pensamiento audaz y el presagio doloroso que bullían tras la frente del hijo. Mientras conversaban así, sosegadamente, él la miraba con suave y tierna insistencia, como si quisiera que el rostro amado se grabara profundamente en su memoria y fuera lo más claro, lo más preciso que, en el instante supremo, se reflejase en su mente. Después, sin despedirse, sin un beso, sin una de esas caricias que continuamente le prodigaba, se marchó.

Tenía a su cargo la toma de la Universidad. Al frente de un grupo de estudiantes y obreros se apoderó del edificio y se mantuvo en él durante tres horas, hasta que el cañón del Tacna derribó las puertas. Como había recibido orden de no combatir contra el Ejército, se rindió junto con sus compañeros. Fué asesinado en la Caja del Seguro.

Herido por la espalda, atravesados el corazón y la frente por las balas, despojado de cuanto llevaba, no se le dejó ni siquiera el crucifijo que, colgado al cuello, le confortó en la agonía.



Mauricio Falcón Piñeiro

MAURICIO FALCON PIÑEIRO

Hijo de don Rafael Falcón y de la señora Carmen Piñeiro. Nacido en Valparaíso, el 22 de septiembre de 1912.

Había hecho los primeros estudios en la Escuela Arturo Edwards y cursado humanidades en el Liceo de Valparaíso.

Fué un excelente empleado. En la oficina del abogado Herreros Brunnet como en la de don Santiago Zanelli, en la Cía de Seguros "La Austral" o como sobrecargo en los vapores de Braun y Blanchard, se había distinguido siempre por su honradez y su competencia.

Era de carácter serio y reservado. Tan reservado y serio que su actitud desconcertó a algunos de sus compañeros santiaguinos, cuando asistió por primera vez a una de las reuniones en que se planeaba la asonada de Septiembre. Aquel mozo callado y taciturno desentonaba en medio de la alegría y el bullicioso en-

tusiasmo de sus camaradas, algunos de los cuales hicieron notar el singular contraste a Ricardo White, amigo íntimo del militante porteño. White que le conocía a fondo, contestó al punto: "Es el más silencioso de nosotros; pero es también el más leal y el más valiente".

Y el día de la prueba, el mozo que bajo su reserva y su serenidad tenía pasta de héroe, hizo honor a la fe de su compañero.

En su cadáver se encontró el retrato de su madre. Lo llevaba cerca del corazón. Fué el único objeto que los asesinos no le arrebataron.



Luis Thennet Gillet



Héctor Thennet Gillet

LUIS Y HECTOR THENNET GILLET

Hijos de don Augusto Thennet y de la señora Judith Gillet. Nacidos en Valparaíso, el 28 de abril de 1914 y el 7 de noviembre de 1915.

Unidos por entrañable afecto, juntos crecieron en el hogar apacible y digno, juntos estudiaron en el Liceo y siguieron juntos los cursos de Leyes en la Universidad del Estado. Un mismo día, el 18 de abril de 1933, juraron consagrarse "por entero y por siempre a la grandeza de Chile", y el mismo ideal les llevó a sacrificar la vida el 5 de Septiembre. Uno al lado del otro cayeron en la heroica empresa, y hoy, unidos en la muerte como en la vida, reposan en la misma tumba. No les separaremos, pues, al trazar su postrera semblanza.

Si alguien hubiera preguntado a su madre cuáles eran los bienes con que contaba en la vida, ella hubiese respondido como la dama romana, señalando a

sus hijos: "He aquí mis tesoros". Muerto el esposo hacía cuatro años, eran aquellos jóvenes toda su alegría y la razón de su existencia. Luis, el mayor, de carácter alegre, espontáneo, vehemente, tenía las facciones maternas, la tez clara, los ojos grises. Héctor, serio, reflexivo, recordaba al padre con su rostro moreno y sus grandes ojos negros. Luis acababa de terminar el último año de Leyes y preparaba su licenciatura; la memoria que presentara pocos días antes de su muerte había sido aprobada con especiales elogios. Héctor, a la vez que seguía el tercer año de Leyes, desempeñaba en la Administración del Teatro Real un cargo de responsabilidad.

Adoraban ambos a su madre, se miraban en sus ojos y uno de sus más vivos anhelos era poder rodearla de comodidades. Soñaban también con el futuro hogar iluminado por el amor de la que habían elegido para compañera de su vida.

Pero había algo para ellos más poderoso que aquella honda ternura filial y esos juveniles ensueños: el interés de la Causa, cuyos ideales defendían con el fervor y la vibrante elocuencia que sólo nacen de una convicción profunda. Pertenecían al Grupo Universitario del Partido, y Luis, que fué ayudante y luego secretario del Grupo, estuvo preso en 1935, a causa de su valiente actuación en las incidencias estudiantiles de aquel tiempo.

En los primeros meses de 1938, cuando se preparaba el movimiento revolucionario, los dos hermanos se ofrecieron para participar en él. Ocultaron, naturalmente, a su madre aquel propósito; mas, ella con la intuición de su ternura, presentía el peligro; y como la angustia se reflejara en sus ojos y en sus palabras, ellos la animaban cariñosamente y le decían que tuviera el valor con que las mujeres espartanas entregaban sus hijos a la Patria.

La madre de Luis y de Héctor Thennet, en medio de su desconsuelo infinito y su dolorosa soledad, siente el noble orgullo de haber modelado el alma y el corazón de esos hijos incomparables. Su entereza es digna del heroísmo con que ambos murieron; y ha mostrado el valor espartano que ellos deseaban infundirle, cuando, con voz empapada en lágrimas, expresaba su pesar por haber impedido con exhortaciones y con ruegos que sus hijos se hubiesen dado más completamente a la Causa.

¡Qué más podían dar ellos, que lo dieron todo!

Apresados en la Universidad, se les condujo a la Torre de la Sangre. Durante el trayecto, Luis con su altivez de patriota y su valentía habitual, se negó a llevar las manos en alto, a pesar de los insultos y los golpes de sus aprehensores; mas, cuando en la Caja del Seguro comprendió que iban a fusilarle, quiso proclamar su fe hasta el último instante y le-

vantó el brazo para saludar por vez postrera a la Causa tan ardientemente amada. Con una descarga de ametralladora sobre el pecho y el rostro castigaron los asesinos aquel fervoroso ademán, que la muerte no logró borrar. Al depositársele en el ataúd, ensangrentado y rígido, con el brazo enhiesto, Luis Thennet Gillet aun saludaba al Ideal.



Guillermo Cuello González

GUILLERMO CUELLO GONZALEZ

Hijo de don Guillermo Cuello y de la señora Paz González. Nacido en Taltal, en 1908.

En el típico hogar chileno, hogar de numerosos hijos y acendradas virtudes, que va desapareciendo en el tráfago de las actuales costumbres, vino al mundo Guillermo Cuello González.

Educado en el Seminario, era un creyente sincero. Alto, grueso, moreno, adivinábase en los rasgos de su fisonomía al hombre franco y bondadoso, de corazón siempre abierto a la compasión y a la generosidad.

Empleado durante doce años en la Cía. de Cervecerías Unidas, desempeñaba el cargo de Subcontador en la época de su muerte. Hacía poco tiempo que había contraído matrimonio y formado su hogar.

En 1935 abrazó la causa vanguardista. Fué nombrado luego Comisario de la Quinta Comuna y des-

empeñó también el cargo de Director de Organización y fué Comisario Provincial en diferentes períodos. Era un militante decidido y entusiasta y también un excelente camarada. Sus compañeros no han olvidado los rasgos de desprendimiento y de bondad que en numerosas ocasiones pudieron admirar en él.

Tomó parte en el asalto a la Universidad, y llevado prisionero a la Caja del Seguro, sirvió de intermediario entre los jefes de Carabineros y los amotinados que resistían en los pisos superiores, y cuya rendición obtuvo. Prometiéronle sus aprehensores respetarle la vida; pero fué cruelmente sacrificado junto con sus compañeros.



Waldemar Rivas Vilaza

WALDEMAR RIVAS VILAZA

Hijo de don Arturo Rivas y de la señora Elena Vilaza. Nacido en Santiago, el 10 de agosto de 1910.

En los días que siguieron al 5 de Septiembre, cuando todo el país se hallaba agobiado bajo la impresión de los sangrientos sucesos, empezó a circular una versión que ponía una pincelada más de horror al siniestro cuadro de la masacre. Decíase que, caída ya la noche, los represores del motín habían hallado en la Caja del Seguro a uno de los rendidos que, completamente ileso, había logrado ocultarse hasta esos momentos. Y se agregaba que los carabineros, en la imposibilidad de darle muerte a balazos, porque a esa hora había prohibición de disparar, habían optado por darle de golpes en la cabeza y ahogarlo en un depósito de agua, un baño o algo semejante.

Era tan inconcebible la realidad de este aserto, tal refinamiento de crueldad y salvajismo, que el público

lo juzgó fantasía de alguna mente extraviada. Mas, circunstancias posteriores han venido a dar verosimilitud al rumor, y hasta podría suponerse que este fué el caso de Waldemar Rivas Vilaza.

Era Rivas un entusiasta militante de la Vanguardia que había abrazado la Causa hacía tiempo, mientras residía en Temuco. De regreso a Santiago, hallábase empleado en la mina Las Condes. El cargo que desempeñaba no le permitía bajar a la ciudad sino cada tres meses. La última vez que hizo uso de esta licencia fué en agosto, veinte días antes del 5 de Septiembre, y regresó pronto a la mina. Su familia no podía, por tanto, suponer que en la fecha de la masacre se hallase en Santiago; e ignoró—porque los diarios no publicaron la noticia—que el 6 de Septiembre había aparecido en el río Mapocho un cadáver que, identificado por Investigaciones, resultó ser el de Waldemar Rivas Vilaza.

El parte que se enviara al sexto juzgado con motivo del fúnebre hallazgo, decía que un cabo de Carabineros había extraído del río, a las 11 de la mañana, el cuerpo de un ahogado que presentaba pequeñas lesiones en la frente, y cuya permanencia en el agua había sido, al parecer, de cuatro días.

La autopsia no se efectuó sino tres días después, es decir el 9; y el médico legista declaró en su in-

forme que la muerte se debía a asfixia por inmersión y que databa de ocho a quince días.

Sin más trámites, se arrojó el cadáver a la fosa común, el juez sobreseyó temporalmente y esta resolución fué aprobada por la Corte de Apelaciones.

Entre tanto, la familia Rivas continuó ignorando la desgracia hasta el día en que un amigo refirió a la hermana de Waldemar que había visto a éste el 4 de septiembre, en el desfile en honor de Ibáñez, y había conversado con él. Era el primer rayo de luz que se proyectaba sobre el obscuro drama. Inquieta por un presentimiento, la hermana pidió noticias a Las Condes y el Contador del mineral respondió que Rivas había bajado a Santiago el 3 de septiembre y que aun no regresaba. Corroboró esta declaración el chofer cuyo auto ocupara el joven en aquel último viaje.

Hizo la familia toda clase de indagaciones para descubrir el paradero del desaparecido, pero en vano. Ni en la Morgue, ni en el Instituto Médico Legal, ni en la oficina del Cementerio pudo hallarse el menor indicio, hasta que el 13 de octubre apareció en "El Diario Ilustrado", en medio de una larga lista de defunciones, el nombre de Waldemar Rivas Vilaza.

Diversas personas aseveraron haberle visto durante el desfile del 4 de septiembre, y luego un perio-

dista declaró que hallándose el 5 de Septiembre en una de las puertas de la Moneda, había divisado a Waldemar Rivas—a quien conocía desde largo tiempo—cuando era conducido por carabineros a la Caja del Seguro.

La contradicción tan patente entre los documentos oficiales y el testimonio que respetables personas refrendaban con su firma, permitió entrever el monstruoso crimen. Y para que de él no quedase la menor duda, en las fotografías tomadas a los rendidos durante el trayecto de la Universidad a la Caja del Seguro, la madre de Rivas reconoció a su hijo en el muchacho rubio que, entre dos carabineros, era conducido a la Torre de la Sangre.

¿Qué hicieron de él sus aprehensores? ¿Dónde fué asesinado? Si se le vió entrar lleno de vida a la Caja del Seguro, ¿por qué a la mañana siguiente apareció su cadáver en el lecho del Mapocho? ¿Es que se le arrojó allí para que no se hallase en la Caja del Seguro, entre los muertos a sable y bala, el cuerpo de un ahogado?

La justicia inmanente que no permitió que el crimen quedase en el misterio, se encargará de revelar algún día el trágico enigma.



Hermes Micheli Candia

HERMES MICHELI CANDIA

Nacido en Santiago, el 20 de agosto de 1919. Hijo de don Humberto Micheli y de doña Mercedes Candia.

Era, en Santiago, el mejor soldado de las Tropas de Asalto, esa hueste de entusiastas muchachos que hoy, en recuerdo de los compañeros inmolados por el ideal de justicia y redención patrias, lleva el nombre de Legión 5 de Septiembre.

Sus jefes, en más de una ocasión, le señalaron ante sus camaradas como un militante ejemplar, como un modelo de disciplina, conciencia del deber y espíritu de sacrificio.

Y no se le elogiaba sin justicia. Pocos había, como Hermes Micheli, tan exactos en el cumplimiento de sus obligaciones y tan compenetrados de la lealtad a la fe empeñada. Nunca le parecieron penosos los sacrificios impuestos por la Causa, jamás llegó tarde

a una citación, estuvo siempre el primero en el sitio del peligro y de la lucha.

Pertenecía al grupo de "los doce juramentados", ese haz de doce valientes que se habían comprometido secreta y solemnemente a dar la vida en cualquier sitio y en cualquiera ocasión que el triunfo de la Causa lo exigiese. Era también Dador de Sangre.

Y junto con ser el mejor militante, Hermes Micheli fué quizás el más probado. En el hogar paterno, en el seno de la familia, los ideales vanguardistas no eran gratos, y el muchacho expansivo y sentimental chocaba con un muro de hielo y de incomprensión. Por esos ideales tuvo que renunciar a lo que constituía el gran anhelo de su vida y era su vocación: la carrera militar. Puesto, una vez, en la disyuntiva de retirarse del Partido o perder la oportunidad de ingresar al Ejército, era su amor a la Causa tan ardiente y tan hondo, que le hizo optar por el sacrificio de sus esperanzas y de su porvenir.

Pero aun debía afrontar una prueba más penosa, que serviría para aquilatar su espíritu. Complicado injustamente en un proceso judicial, aparecieron su nombre y su retrato en uno de los diarios que con más encarnizamiento combatían al Partido, cuyo prestigio se intentó herir con esa publicación. En la imposibilidad de probar su inocencia, Hermes Micheli fué expulsado del Partido. ¡Cuán amargos debieron

serle los días que transcurrieron desde aquel momento hasta que se hizo la luz y su inculpabilidad quedó plenamente comprobada! Absuelto de toda participación en el delito y con un certificado del juez que atestiguaba su inocencia, Micheli se presentó ante el Comisario de su comuna y solicitó la reincorporación al Partido. Fué reparada la injusticia y el noble muchacho volvió a formar en las filas de las Tropas de Asalto.

Llamado para participar en la toma de la Universidad, cumplió fielmente el juramento de dar la vida dónde y cuándo fuera preciso.

De carácter reservado, estudioso, aficionado a la música, Hermes Micheli cursaba el sexto año de humanidades en el Liceo Lastarria cuando sobrevinieron los acontecimientos del 5 de Septiembre.



Raúl Méndez Ureta

RAUL MENDEZ URETA

Nacido en Arauco, el 25 de diciembre de 1920. Hijo de don Miguel Méndez y de doña María Ureta.

¿Quién de los vanguardistas que conocieron a Raúl Méndez no le recuerda con tristeza y simpatía? Era tan entusiasta, tan vehemente, tan ardoroso en sus convicciones, tenía tanto amor a la Causa, estaba siempre tan dispuesto a dar la vida por el triunfo de su ideal patriótico, que sus compañeros le llamaban cariñosamente "el loco Méndez".

Dador de Sangre y uno de "los doce juramentados", pertenecía a las Tropas de Asalto y había sido Ayudante del Batallón Santiago. Valiente en extremo, tomaba parte en todas las protestas callejeras contra los atropellos del Gobierno, lo que le valió caer preso en repetidas ocasiones. En 1936, estuvo en la cárcel de Rancagua con motivo de la celada

tendida allí a un grupo de militantes que regresaban de una concentración en Chillán.

El ideal vanguardista y su espíritu de abnegación y sacrificio habían penetrado de tal modo en la mente de Raúl Méndez, que el generoso muchacho no concebía la vida sin la lucha por el triunfo de su fe. Alguien le preguntó una vez qué haría cuando la Causa hubiera triunfado y sus ideales fuesen ya una realidad en nuestra tierra, y respondió sin titubear que se iría a combatir por la redención de otro pueblo.

El 5 de Septiembre tuvo a su cargo en la Universidad la radio que no alcanzó a funcionar. Llevado prisionero a la Caja del Seguro Obrero, cinco balazos en el pecho le arrancaron la vida.



Bruno Brüning Schwarzenberg

BRUNO BRÜNING SCHWARZENBERG

Hijo de don Enrique Brüning y de la señora Emilia Schwarzenberg. Nacido en Osorno, el 26 de febrero de 1910.

Acosado por la visión terrible que no podía apartar de la memoria, perseguido quizás por los remordimientos, el carabinero relató la espantosa escena: —"Era al anochecer del 5 de Septiembre. Se me había ordenado que montase guardia junto a un hacinamiento de cadáveres que yacían en uno de los descansos de la escalera, en el quinto o sexto piso de la Caja del Seguro. De pronto, vi con sorpresa que uno de aquellos ensangrentados cuerpos se movía, levantaba la cabeza, trataba de incorporarse. Era un mozo rubio, muy blanco, tenía los ojos de un azul muy claro. Yo le insinué que volviera a tenderse para que no se delatase. Un oficial que me observaba, me reprendió: "—¿Tratas acaso de salvar a ése?" Levantó la pistola e hizo fuego contra el herido, que cayó sobre un cos-

tado. Volvió a incorporarse, no obstante, y fijando en el oficial aquellos ojos tan claros, exclamó: —"¡Muero contento por la Patria!" Otros disparos del oficial le dejaron sin movimiento; pero, así, agonizando, aun le oí repetir que por la Patria moría contento".

Bruno Brüning Schwarzenberg, en la flor de la juventud, tuvo el heroísmo de ofrendar la vida con alegría. Sus camaradas, Herreros, Chávez, Molleda, White y tantos otros, expresaron la misma íntima satisfacción. Uno de los detalles más conmovedores del sacrificio de aquella juventud fué ese uniforme y admirable sentir.

En las Escuelas Alemanas de Osorno y de Valdivia hizo Bruno Brüning sus estudios, y a los 16 años se empleó en el Banco de Osorno y La Unión; pero, por motivos de salud tuvo que dejar el empleo y venirse a Santiago. Estudió contabilidad en la Universidad Católica y obtuvo un puesto en la Compañía de Seguros "La Alemana", el cual desempeñó hasta su muerte.

Fué muy querido de sus compañeros. Se le apreciaba sinceramente. Era sencillo, amistoso; estaba siempre dispuesto a la alegría y al optimismo. Era

también profundamente compasivo, hasta el extremo de desprenderse de sus economías y de su ropa para socorrer a los necesitados.

Le atraía todo lo noble y lo justo, y no fué extraño que el ideal vanguardista le penetrase hasta el fondo del alma y que se consagrara a la Causa con la sinceridad y la dedicación propias de su carácter. Colocado al frente del núcleo de Renca, fué un Comisario ejemplar. Como uno de sus más ardientes anhelos era mejorar la condición moral y económica de los compañeros confiados a su dirección, les reunía continuamente para intruirles, hacerles comprender sus deberes, socorrerlos pecuniariamente y encaminarlos hacia un porvenir menos ingrato. Con sus economías adquirió en Renca un terreno y empezó a levantar el edificio que sería la futura casa vanguardista.

A la vez que desempeñaba el cargo de Comisario, prestaba sus servicios en el Cuartel Central, en el Departamento de Organización, y allí sus compañeros pudieron apreciar en lo que valía aquel muchacho empeñoso y abnegado.

Como tenía gentil figura y era afable y jovial, despertaba la simpatía en muchos corazones femeninos. Sus compañeros, bromeando, solían aconsejarle que eligiera novia. El respondía: —"Una novia me haría

descuidar mis deberes patrióticos. Mientras no obtengamos el triunfo, la Causa será mi novia".

De tranquilo criterio, de gran sentido práctico, no manifestaba la vehemencia de algunos de sus compañeros. Cuando les oía decir que deseaban dar la vida por la Causa, serenamente expresaba su deseo de vivir para ella.

Sin embargo, cuando llegó el momento de la prueba, cuando vió que para el triunfo de la Causa tan amada, era preciso dar todo, hasta la vida, no tuvo un instante de vacilación y mostró la suprema valentía de morir gustoso por la Patria.



José Héctor Sotomayor Sotomayor

JOSE HECTOR SOTOMAYOR SOTOMAYOR

Nacido en Osorno, el 26 de junio de 1919. Hijo de don Simón Sotomayor y de la señora Teolinda Sotomayor.

La sombra de una tragedia se proyectaba sobre su vida. La madre y la hermana mayor habían perecido ahogadas en el río Damas, cuando José Héctor estaba todavía en la cuna.

En un colegio de enseñanza primaria y después en el Liceo de Osorno hizo sus estudios; pero no alcanzó a terminarlos, pues se vió en la necesidad de trabajar para contribuir a la manutención de sus hermanos, a los que amaba entrañablemente.

Como era sano y fuerte y se ensayaba frecuentemente en el deporte del box, obtuvo notables triunfos como pugilista. En su ciudad natal se le llamaba afectuosamente "el Firpito osornino". Pertenecía al centro boxeril "Raúl Lefevre".

De su patriotismo, su valor y su lealtad a la Causa dió admirable prueba el 5 de Septiembre. Actuó en la Universidad y fué muerto en la Caja del Seguro Obrero.



Gerardo Gallmeyer Klotzche

GERARDO GALLMEYER KLOTZCHE

Nacido en Valparaíso, el 5 de marzo de 1917. Hijo de don Augusto Gallmeyer y de la señora Ema Klotzche.

Cuando aun era muy muchacho, en 1933, había prestado juramento de fe vanguardista y durante tres años militó en la Juventud del Partido. En 1936 ingresó como abanderado a las Tropas de Asalto; fué después alférez y en seguida teniente y 2.° Comandante del Batallón Aconcagua.

En la Hoja de Vida de Gerardo Gallmeyer hallamos la siguiente calificación: "Espíritu patriótico y condiciones de mando excelentes. Muy enérgico, muy valeroso, inteligente y audaz. Se le pueden confiar con entera seguridad comisiones delicadas y secretas. Sociable, buen camarada, no tiene vicios. Vida correctísima. Ningún reclamo en su contra. Es uno de los mejores colaboradores de este Comando Provincial".

5 DE SEPTIEMBRE DE 1938

El 4 de septiembre, Gerardo Gallmeyer vino de Valparaíso al mando de los compañeros que debían tomar parte en la Marcha de la Victoria. La primera etapa del viaje se realizó sin contratiempos; pero, cuando los autobuses llegaron al pie de la última cuesta, se les detuvo de improviso. No podían seguir a Santiago. No era grato al Gobierno que los vanguardistas porteños fueran a engrosar aquel desfile. Esta arbitrariedad, lejos de desanimar a Gallmeyer despertó nuevos bríos en su espíritu. Propuso a sus camaradas continuar el camino a pie, y aceptada la idea, aquellos muchachos emprendieron la marcha sin que el cansancio de la larga jornada les arrebatase el entusiasmo y el buen humor. Llegaron a Santiago en los momentos en que se organizaba el desfile en el Parque Cousiño.

Terminando éste frente a la tribuna en que se hallaban el candidato presidencial y los dirigentes de la campaña, la muchedumbre que se estrechaba cada vez más en aquel sitio, coreó la Canción Nacional. Entonaba Gallmeyer las estrofas del himno, cuando, de improviso, se sintió suavemente cogido del brazo. Era su hermana que, residente en Santiago y sabedora de su venida, le había buscado entre la multitud. Sin interrumpir el himno, Gallmeyer la miró sonriendo: y unidas las voces y fija la mirada en el pabellón patrio que ondeaba gallardamente en la tarde primaveral,

cantaron ambos hermanos con un fervor singular, con una emoción profunda, como si presintieran que era aquella la última vez que sus corazones latirían juntos. Se separaron con la esperanza de reunirse más tarde; pero ella no le volvió a ver. Al día siguiente, del apuesto y arrogante mozo no quedaba más que un cadáver acribillado por la metralla.

Gerardo Gallmeyer fué el único amotinado que pereció durante el combate. Al asomarse a una ventana de la Caja del Seguro Obrero, le alcanzó una bala que le atravesó la cabeza. Murió instantáneamente. Sin embargo, en la Morgue podía verse su cuerpo cubierto de heridas.



Neftalí Sepúlveda Soto

NEFTALI SEPULVEDA SOTO

Nacido en Santiago, el 12 de febrero de 1919. Hijo de don Luis Sepúlveda y de doña María de la Paz Soto.

Era hijo único. Durante tres años estudió en el Liceo Letelier; pero la escasez de recursos le obligó a interrumpir la educación. Debió trabajar para sostener a su madre. Era muy buen hijo, no tenía vicios y se distinguía como obrero empeñoso y cumplidor. Era baldosista de oficio.

Prestó juramento de fe vanguardista el 5 de agosto de 1936, y desde ese momento dedicó todos sus esfuerzos y el tiempo que le dejaba libre su ocupación, a luchar por el triunfo de la Causa. Su fervor y su valentía le hicieron enrolarse en el grupo escogido de militantes de las Tropas de Asalto que se llamaban "los doce juramentados".

Rendido en la Universidad, fué uno de los inmolados allí. Diecisiete balas le atravesaron el cuerpo.



Domingo Chávez Wahlen

DOMINGO CHAVES WAHLEN

Hijo de don Domingo Chávez Vilches y de la señora Ema Wahlen Pacheco. Nacido en Valparaíso, el 7 de junio de 1916.

Calmados el bullicio y la agitación de la tarde del 4 de septiembre, extinguidos los últimos acordes y los postreros himnos que acompañaron al clamoroso desfilar por las calles, la ciudad se adormecía en la paz de la noche.

Un cielo resplandeciente de estrellas y una brisa tibia anunciaban la cercana primavera; mas los dos amigos que animadamente conversaban en el umbral de una casa cercana al río, no parecían reparar en la suavidad del ambiente ni en la belleza de la noche primaveral.

¿De qué charlaban? ¿De sus ilusiones juveniles? ¿Del amor que por vez primera llamaba a sus corazones? ¿Del porvenir que les sonreía prometiéndoles

éxitos y venturas? No: algo más serio y trascendental les llenaba el pensamiento, y hablaban de cosas graves y profundas, de sacrificio, de abnegación, de renunciamiento en aras de un ideal; palabras y conceptos que, pronunciados en aquella hora, secreta vigilia de armas, y por aquellos labios que apenas habían rozado la copa de la vida, tenían una sinceridad y un sentido heroico extraordinarios.

Y cuando llegó el momento de despedirse, presintiendo que el adiós sería eterno, uno de aquellos muchachos dijo a su compañero con la sencillez que le era habitual:

—Si muero en la empresa de mañana y tú me sobrevives, dile a mi padre que no me llore, que he muerto con alegría de dar la vida por la patria.

Veintidós años contaba Domingo Chávez Wahlen, el héroe que con alegría iba a morir por la Patria; mas, su figura era casi la de un adolescente. En el rostro de rasgos suaves, en la plácida expresión, en el mirar sereno no se reflejaban ni la impetuosidad ni la osadía. Antes que un patriota rebelde y altivo parecía un apacible soñador. Y lo era, en verdad. En el tranquilo hogar, junto a la madre adorada y al padre entrañablemente querido, compartía las horas en-

tre sus aficiones musicales y los estudios universitarios. Tenía una innata nobleza de sentimientos, una generosidad que se manifestaba hasta en los menores detalles, y por tanto, el ideal vanguardista había hallado en su corazón terreno propicio, y arraigó en él con fuerza avasalladora. Llenó su vida. Como en una llamarada, le abrasó en el incontenible anhelo de justicia y de redención para su pueblo, y le hizo comprender que la grandeza patria sólo se obtendría con esfuerzo, con abnegación y con el sacrificio de la propia vida, si era preciso.

Y por eso cuando llegó la hora de la prueba, la aceptó valerosa y ampliamente. Fué sin vacilación al peligro y a la lucha. Prisionero en la Universidad y conducido a la Caja del Seguro, presentó a los asesinos el pecho descubierto para que hiriesen en el sitio preciso donde latía el valeroso corazón (1).

(1) Por una anomalía tenía el corazón al lado derecho. La bala que se lo atravesó, no desgarró la ropa.



Walter Kusch Diettrich

WALTER KUSCH DIETTRICH

Hijo de don Carlos Kusch Werner y de la señora Ana Diettrich Siebert. Nacido en Osorno, el 17 de enero de 1913.

Como Brüning, como Kähni y Gallmeyer, Walter Kusch Diettrich era de ascendencia germánica. Por las venas de estos cuatro mártires de la causa de Chile corría pura y generosa la sangre alemana. Descendientes de los esforzados forjadores de la civilización y el progreso de las provincias australes, eran estos muchachos profunda y fervorosamente chilenos; y como prueba de aquel apasionado amor a su pueblo y a su tierra, dieron toda la sangre de sus venas y quedaron sus cuerpos acribillados por las balas en la Universidad y en la Caja del Seguro Obrero.

Walter Kusch Diettrich hizo sus estudios en el Instituto Alemán y en el Liceo de su ciudad natal, y cursó el primer año de Leyes en Santiago, en la Universidad de Chile. A causa del fallecimiento de su

padre, tuvo que interrumpir la carrera y regresar a Osorno. Se empleó allí, en la fundición "El Volcán".

Aunque de carácter muy alegre y espontáneo, tenía un fondo romántico y sentimental. Profesaba a su madre una viva ternura y se sacrificaba gustoso por el bienestar de los suyos. Era de una generosidad sin límites. Repartía entre los pobres gran parte de su sueldo, y en su desprendimiento llegó muchas veces hasta el extremo de no dejar dinero ni siquiera para comprar cigarrillos.

Ingresó a la Causa el 7 de noviembre de 1933. Al año siguiente se le nombró sargento y abanderado de las Tropas de Asalto. En 1935 ascendía a alférez, y luego a teniente y a capitán. En 1938 era Comandante Zonal de Valdivia y Llanquihue. Su calificación fué siempre óptima.



Víctor Muñoz Cárdenas

VICTOR MUÑOZ CARDENAS

Hijo de don Francisco Muñoz y de la señora Juana Cárdenas. Nacido en Cauquenes.

Tenía treinta y cinco años y era contratista de la Caja de Retiro de los Ferrocarriles. Hacía poco tiempo que había contraído matrimonio.

Esposo ejemplar y hombre serio y cumplidor de sus deberes, pertenecía desde hacía cuatro años a las Tropas de Asalto y dió elocuentes pruebas de su lealtad y su adhesión al Partido. Lleno de amor patrio, decía a su esposa que su mayor satisfacción sería morir por la Causa.

En la noche del 4 de septiembre, como, a pesar de lo cansado que se hallaba a causa de la jornada de la tarde, se dispusiera de nuevo a salir en obedecimiento a una orden que le transmitiera uno de sus compañeros, su esposa le suplicó que por lo menos durmiese aquella noche en su casa. El se negó. Dijo que tenía que cumplir con su deber e hizo la velada de armas en el Cuartel Central de la Vanguardia.



Juan Kähni Holzapfel

JUAN KAHNI HOLZAPFEL

Nacido en Valdivia, el 14 de diciembre de 1912. Hijo de don Adolfo Kähni y de la señora Tona Holzapfel.

Por el río, en cuyas márgenes la primavera empezaba a tejer su tapiz de flores y de hojas nuevas, le llevaron a dormir al camposanto. Las autoridades habían prohibido que el cortejo atravesara las calles de Valdivia. El entierro del valiente mozo, caído por amar a la Patria sobre todas las cosas de la tierra, podía turbar el orden público, y en aras de ese siniestro "orden" por el cual se habían sacrificado sesenta y tres jóvenes vidas, era preciso imponer un sacrificio más.

Juan Kähni Holzapfel, hijo único, de hermosa presencia, inteligente, lleno de fe y de optimismo, imaginó, seguramente, un retorno muy diverso a la ciudad natal. Ausente de ella durante algunos años, pues había hecho los estudios superiores en Santiago y segui-

do un curso de dentística en la Universidad de Chile, se disponía a volver a la casa paterna con la carrera ya terminada y con la perspectiva de una venturosa existencia al lado de aquélla a quien había elegido para esposa.

Pero "el interés de la Patria le era más precioso que todas las felicidades de la vida", y en el umbral de aquel futuro que le sonreía, hizo el sacrificio de cuanto esperaba y le era querido, a cambio del triunfo de ese interés supremo.

Los compañeros de ideal que compartieron con Juan Kähni Holzapfel las inolvidables jornadas de esfuerzos y de luchas, guardan con íntimo afecto el recuerdo del muchacho serio, modesto y bondadoso, que tenía el alma dispuesta siempre a todas las generosidades.

Kähni pertenecía al grupo de Dadores de Sangre y fué uno de los inmolados en la Universidad.



Marcos Magasich Huerta



Enrique Magasich Huerta

MARCOS Y ENRIQUE MAGASICH HUERTA

Hijos de don Marcos Magasich y de la señora Guillermina Huerta. Nacidos en Valparaíso, el 21 de abril de 1909 y el 8 de agosto de 1915.

Aquel día, muy de mañana, ambos hermanos se prepararon para un posible viaje sin retorno. Con más recogimiento y devoción que de costumbre oyeron misa y comulgaron. Después, sin prolongar la despedida para que no les traicionase la emoción, cada cual marchó al sitio que se le había señalado. No iban a actuar juntos; iría Marcos a la Caja del Seguro y Enrique a la Universidad. Mas, antes de entrar en acción, uno de ellos, el mayor quiso enviar a sus padres, que se hallaban en Valparaíso, un postrer mensaje. Fué en busca de un amigo íntimo y le explicó brevemente que ese día su hermano y él participarían en un golpe revolucionario, y que iban a dar este paso porque se lo exigía su deber de chilenos; le encargó

que, si sucumbían en la empresa, dijera a sus padres que habían muerto como patriotas y como cristianos.

Y como cristianos y patriotas murieron. En el cadáver de Enrique, tendido sobre las baldosas de la Morgue, podía verse, colgado al cuello, el escapulario de la Virgen; y en su rostro que no desfiguraron las balas, se reflejaba una profunda paz.

En el Colegio de los S.S.C.C. de Valparaíso los dos hermanos habían cursado humanidades. Marcos obtuvo a los diecisiete años el título de bachiller y cooperó durante algún tiempo en las actividades comerciales de su padre; mas, como se sintiera atraído por el estudio de la medicina, se vino a la capital e ingresó en la Universidad de Chile. Estaba próximo a terminar su internado en el hospital de San Vicente, cuando murió.

Enrique, que tenía gran disposición para las matemáticas, había elegido la carrera de ingeniero de minas y cursaba ya el cuarto año. Era de carácter tranquilo, reservado y a la vez jovial y optimista. Como su hermano Marcos, era también, cuando las circunstancias lo exigían, enérgico y audaz.

Con muy pocos días de diferencia, en junio de 1936, abrazaron la causa vanguardista. Marcos, impetuoso, vehemente, tomaba parte con ardor en las incidencias políticas que se producían a menudo en la Universidad y en la calle, y en una ocasión fué

herido a bala gravemente. Aquel "bautismo de fuego", como él lo llamó, lejos de amedrentarle, redobló su fervor, y más tarde hubo de recibir otras heridas y contusiones en choques callejeros con los esbirros del Gobierno.

Con una generosidad y una abnegación sin límites, que sus compañeros no podrán olvidar jamás, dedicó su tiempo, sus actividades y sus conocimientos médicos a la Policlínica de la V.P.S., de la cual fué fundador y que hoy lleva su nombre. En esta obra se revelaron todo el altruísmo y la grandeza de alma de Marcos Magasich.

Ambos hermanos, en compañía de algunos camaradas entre los cuales se hallaba Mario Pérez, inmolado también el 5 de Septiembre, fueron quienes colocaron en lo alto de una palmera, frente al Congreso, aquel famoso petardo que estalló en la apertura de las Cámaras, el 21 de Mayo de 1938, como protesta por la arbitrariedad con que el Gobierno había impedido que la V. P. S. honrara la memoria de los héroes de Iquique. En esa atrevida acción, ejecutada con una serenidad y una sangre fría que nadie fué capaz de imaginar, se reveló el espíritu osado y travieso, a la vez, de aquella rebelde muchachada que algunos meses más tarde debía asombrar con su heroísmo a los que entonces desconcertó con su audacia.



Heriberto Espinoza Lizana

HERIBERTO ESPINOZA LIZANA

Hijo de don Heriberto Espinoza y de la señora Mercedes Lizana. Nacido en Santiago, el 22 de enero de 1916.

"Era muy bueno", nos dijo su madre con los ojos arrasados en lágrimas; pero sin ayes ni sollozos, fuerte y valerosa, como corresponde a la madre de un héroe, y con esa comprensión y esa entereza que adquieren las mujeres íntimamente compenetradas del espíritu vanguardista.

"Era muy bueno", nos repitieron sus hermanos, su novia, sus amigos y cuantos recordaban al mozo inteligente y discreto, consagrado siempre al estudio y al trabajo, sensible al arte y a todo lo noble y generoso.

"Era muy bueno", nos han dicho sus compañeros de ideal, aquéllos que tuvieron ocasión de conocerle a fondo, los que compartieron con él los esfuerzos, las luchas y las persecuciones; los que le vieron abra-

sado en hondo fervor y con esa serenidad que nunca le abandonaba, aceptar el sacrificio de la vida, a trueque de obtener el triunfo de la Causa a que se había consagrado sin reservas.

Empeñados en grabar su recuerdo y los juveniles rasgos de su figura, no hallamos expresión más elocuente y más hermosa para definir su personalidad que la frase de su madre y de cuantos le conocieron:

"¡Era muy bueno!".



Jorge Jaraquemada Vivanco

JORGE JARAQUEMADA VIVANCO

Nacido en Santiago, el 8 de agosto de 1920. Hijo de don Cecilio Jaraquemada y de doña María Vivanco.

En las tardes de Juramento, cuando en el Cuartel Central de la Vanguardia resonaban los acordes de la canción patria y los vibrantes himnos del Partido, y una compacta muchedumbre se estrechaba en el local para oír las viriles y patrióticas arengas, un muchachito pálido, de grandes ojos negros, solía detenerse en la calle y atraído, como por un imán, por aquellos cantos y aquellos discursos, traspasaba la puerta y se deslizaba por el pasillo. Allí permanecía atento, absorto, palpitante de emoción y de entusiasmo.

Así penetró el ideal vanguardista en el alma de Jorge Jaraquemada Vivanco. Y, por fin, una tarde de aquéllas, llena de fervor y de vibrantes acordes, el muchachito pálido, de mirada franca y lím-

pida, juró consagrarse "por entero y por siempre a la grandeza de Chile".

Corrió el tiempo y con él se acrecentó el entusiasmo del adolescente y su amor a la Causa, a cuyo triunfo cooperaba con todas sus fuerzas. Vendía "Trabajo", hacía activa propaganda y consagraba todas las horas que su empleo le dejaba libres, a aquel ideal que le ocupaba por entero el pensamiento.

El 5 de Septiembre, solicitó tomar parte en el asalto a la Universidad. Después de la rendición de los amotinados, hizo el camino del calvario hasta la Caja del Seguro Obrero. Una de las fotografías más patéticas que se conservan de ese trágico desfile, nos muestra a Jorge Jaraquemada que, herido en la cabeza y sangrando abundatemente, enseña su carnet de identificación a uno de sus aprehensores, en tanto que otro, con siniestra expresión les observa desde la puerta de la Caja. ¡Cuán conmovedor aquel último y vano esfuerzo del adolescente para salvar la vida! Pero, no hallaría piedad. Instrumentos de fieras humanas, los sayones no tendrían compasión de su juventud ni de su candorosa esperanza en la bondad de los hombres. Al otro lado de aquella puerta que iba a cerrarse tras él y sus compañeros, no quedaría pronto más que un montón de cuerpos despedazados y un río de sangre.



Félix Maragaño Flores

FELIX MARAGAÑO FLORES

Nacido en La Unión, el 25 de febrero de 1901. Hijo de don Modesto Maragaño y de la señora Damiana Flores.

Tenía las características del hombre enérgico y luchador.

Huérfano desde niño, se empeñó tesoneramente en instruirse. En el Liceo de Osorno, donde cursó humanidades, fué siempre el primer alumno de la clase. Deseaba seguir la carrera de abogado, pero impedido de realizar este anhelo a causa de sus escasos recursos, buscó otros medios de ganarse honradamente la vida. En los dos empleos que desempeñó, fué un modelo de hombre trabajador y consciente de sus deberes. Fué también un esposo y un padre ejemplares.

Fundador de la Unión de Empleados de Osorno, perteneció durante diez años, como miembro activo, a la 3.ª Cía. de Bomberos. Fundó también el Club

Atlético de Llanquihue; y constituía para él un timbre de honor ser uno de los fundadores del núcleo vanguardista de aquella región.

Había abrazado la Causa el 17 de mayo de 1933 y vivía consagrado a ella. Nombrado en dos ocasiones Comisario Departamental, desempeñaba este cargo cuando vino a Santiago con algunos de sus compañeros para participar en el desfile del 4 de septiembre. Como supiera que al día siguiente estallaría la revolución tan largo tiempo esperada, se ofreció espontáneamente para participar en ella, ejemplo que siguieron los compañeros que habían venido con él, Arriagada, Sotomayor y el Capitán Kusch.

Actuaron en la Universidad y, sacrificados en la Caja del Seguro, la barbarie de los asesinos se demostró de un modo especial en el caso de Maragaño. Herido, derribado en el suelo y comprendiendo que sólo le quedaban algunos instantes de vida, el Comisario de Osorno llamó a un oficial de carabineros y le hizo entrega de su cartera con una gruesa suma de dinero. Le rogó encarecidamente que la hiciese llegar a poder de su esposa. Guardó el oficial la cartera y disparó luego todas las balas de su pistola sobre el herido. De aquel dinero no dió cuenta.

Algunos días después, el cadáver de Maragaño fué conducido a Osorno. La esposa del mártir, quiso ver

por última vez a su marido e hizo abrir el ataúd. Pudo entonces imponerse de algo horrendo. Al cadáver, acribillado de heridas, se le habían arrancado los ojos. Numerosos testigos comprobaron el increíble salvajismo.



Jorge Valenzuela San Cristóbal

JORGE VALENZUELA SAN CRISTOBAL

Hijo de don Vicente Valenzuela y de la señora Ernestina San Cristóbal. Nacido en Villa Prat, el 10 de enero de 1916.

De los campos de Lontué, donde transcurrió su infancia, le trajeron sus padres a Santiago y le colocaron en el Colegio de Nuestra Señora de la Esperanza. Hizo los estudios superiores en los Liceos Amunátegui y Hansen, y se hallaba empleado en la Casa Curphey y Jofré.

Atraído por la causa vanguardista, cooperó en ella durante mucho tiempo; pero no prestó juramento hasta febrero de 1937, fecha en que también ingresó a las Tropas de Asalto.

Era Dador de Sangre y uno de "los doce juramentados".

Fué Conductor de Sector en la comuna de Quinta

Normal y perteneció a la Compañía de Pablo Acuña y a la Brigada Volante.

Preso en repetidas ocasiones a consecuencia del valor y el entusiasmo con que servía a la causa de la Patria y del pueblo, dió finalmente la vida por ella.



Salvador Zegers Terrazas

SALVADOR ZEGERS TERRAZAS

Nacido en Iquique, el 21 de noviembre de 1914. Hijo de don Arturo Zegers y de la señora Teresa Terrazas.

Una tarde de julio de 1938, es decir, en el período álgido de las arbitrariedades con que se caracterizó el régimen caído, un militante vanguardista, arrastrado por su ardor patriótico, tuvo el coraje de lanzar en la calle una imprecación contra el candidato presidencial, grato al Gobierno. El bastón del guardador del "orden" reinante en aquellos días no tardó en caer sobre la cabeza del audaz que, bañado en sangre, quedó tendido en la acera, donde siguieron lloviendo sobre él los golpes y los denuestos. De improviso, el agresor se sintió fuertemente cogido de los brazos. El vanguardista tenía un inesperado defensor, y entre éste y el carabinero se trabó una violenta lucha. Acudieron los curiosos, llegaron otros representantes del orden y todo aquel tumulto terminó en

la comisaría más cercana, donde quedaron detenidos por algunas horas la víctima y su defensor.

Era éste un estudiante de la Escuela Dental y el episodio relatado lo retrata de cuerpo entero. Refleja toda la valentía y la generosidad de que era capaz aquel mozo, tan resuelto e intrépido como idealista y sentimental.

A causa de sus estudios, vivía Salvador Zegers Terrazas en Santiago, lejos de su padre y su familia. Su madre había muerto cuando él era muy niño. El estudiante sentía la nostalgia del hogar y del cariño de los suyos, y trataba de llenar aquel vacío con la amistad sincera y afectuosa de sus camaradas. Era antiguo militante de la causa vanguardista. La había abrazado con entusiasmo, porque hallaba en ella su ideal de justicia y redención populares.

Rendido en la Universidad, Salvador Zegers fué asesinado en la Caja del Seguro Obrero.



Carlos Alfredo Barraza Robles

CARLOS ALFREDO BARRAZA ROBLES

Nacido en Valparaíso, el 22 de septiembre de 1912. Hijo de don Carlos Barraza y de la señora Juana Robles.

Huérfano a los ocho años, quedó junto con sus hermanos a cargo de unos parientes que reemplazaron a los padres con solicitud y afecto.

Hizo sus estudios en el Instituto Comercial y en la Universidad Católica de Valparaíso; y empleado después en la Casa Staub, supo conquistarse el aprecio de sus jefes y el afecto de sus compañeros.

Hallábase próximo a realizar uno de sus más vivos anhelos: iba a contraer matrimonio y a formar el hogar.

Pero, para Barraza, como para todos los camaradas que cayeron con él, el interés de la Patria estaba sobre todas las cosas de la tierra. Militante del Partido desde 1933 y abanderado de las Tropas de Asalto, se hallaba dispuesto a sacrificarse en cualquier mo-

mento por la Causa; y tan sincero era en este propósito, que en la mañana del 5 de Septiembre pidió a Ricardo White que le confiara un cargo de responsabilidad en el asalto a la Caja del Seguro, aunque el cumplirlo le costase la vida. White le confió la clausura de la puerta cuando los revolucionarios hubieran penetrado al edificio de la Caja.

Algunas horas más tarde, cumplía Barraza esta orden y colocaba una cadena en la puerta, cuando se presentó de improviso ante él, revólver en mano, el carabinero Salazar. Iba éste a hacer fuego; pero un certero disparo de White le hirió de muerte y salvó la vida a Barraza por algunas horas.



Jorge Alvear Soto

JORGE ALVEAR SOTO

Hijo de don Juan Alvear y de la señora Doralisa Soto. Nacido en Santiago, el 20 de marzo de 1910.

En la mañana del 5 de Septiembre algunos de los complotados para el asalto a la Universidad se hallaban reunidos en casa de Jesús Ballesteros. Debían recibir allí las últimas instrucciones y salir juntos cuando llegase el momento de actuar.

Aunque ninguno ignoraba el peligro de muerte que envolvía el paso que iban a dar, charlaban y reían descuidadamente, ocultando, tal vez en lo íntimo del corazón los obscuros presentimientos. De pronto, uno de ellos solicitó que se le permitiera ausentarse por una hora. Trabajaba en el Departamento de Obras Militares del Ministerio de Defensa y, como empleado serio y correcto, deseaba poner en conocimiento de sus jefes que ese día no podría asistir a la oficina. Se le concedió el permiso no sin cierta vacilación. ¿Era

aquel muchacho menos intrépido que sus compañeros y, sintiendo desfallecer el ánimo en los últimos momentos, buscaba un pretexto para eludir el compromiso? Alguno de los presentes quizás pensará: "Este no vuelve".

Pero, el mozo volvió. Puntualmente, una hora más tarde se le vió regresar con la resolución y el valor que nunca le faltaran.

Desde su ingreso al Partido, en 1933, Jorge Alvear Soto había dado pruebas de entereza y de constancia. Abanderado de las Tropas de Asalto y Ayudante del Comando en el Cuartel Oriente, pertenecía también al Grupo de Dadores de Sangre.

Como muchos de los compañeros que cayeron junto con él, hallábase de novio. En todo el vigor de la juventud, alegre, entusiasta, lleno de fe, amaba la vida. Sin embargo, decía a menudo y con sinceridad profunda que sería hermoso morir por su ideal.



Víctor Tapia Briones

VICTOR TAPIA BRIONES

Nacido en Parral, el 3 de enero de 1903. Hijo de don José Tapia y de doña Fidela Briones.

Antiguo y fiel soldado de la Causa, tenía a su cargo la atención del cuartel de la Vanguardia de Providencia y, a la vez, trabajaba como obrero en el Taller Víctor. Era hombre honrado, serio y cumplidor. Casado desde hacía algunos años, dejó dos hijas.

Perteneció en su juventud al Cuerpo de Carabineros de Chile. En 1927, se hallaba en un retén cercano a Los Andes, cuando supo que algunos viajeros, sorprendidos por la tempestad, se habían extraviado en los callejones cordilleranos. Era preciso ir en su auxilio. El carabinero Tapia se ofreció para realizar este acto humanitario, que puso a prueba su valor y su abnegación. El éxito coronó la empresa y el modesto servidor público, que arrancó las víctimas

al huracán y a la nieve, se sintió satisfecho de recibir como única recompensa el aplauso de sus jefes.

Un sentimiento semejante de abnegación y solidaridad le llevó a tomar parte en la asonada del 5 de Septiembre. Víctor Tapia anhelaba ardientemente días mejores para su pueblo. Quería para su Patria un gobierno honrado y justo. Y fué a la empresa patriótica, como a la aventura cordillerana, con el espíritu limpio de egoísmo y ambiciones.



Humberto Yuric Yuric

HUMBERTO YURIC YURIC

Hijo de don Arturo Yuric y de la señora María Yuric. Nació en Valparaíso, el 3 de julio de 1916.

Hizo sus primeros estudios en el Colegio Agustín Edwards de ese puerto y en el Liceo Valentín Letelier de Santiago. En la época de su muerte cursaba tercer año de Leyes en la Universidad Católica. Su capacidad mental era tan extraordinaria que le permitía seguir, al mismo tiempo, el estudio de las Matemáticas y Ciencias Económicas y el primer año de Comercio en la Universidad de Chile.

Fué desde pequeño asiduo lector; pero, al llegar a la adolescencia, las obras de su predilección fueron los tratados de sociología y de economía política. Compenetrado a fondo de las diversas doctrinas sociales que hoy dominan en el mundo, podía discurrir con seguridad y acierto en las discusiones político-fi-

losóficas que con frecuencia surgían en los círculos universitarios.

Poseía una notable facilidad de palabra y se expresaba con claridad y con ese fervoroso entusiasmo que distingue a los militantes de la Vanguardia Popular Socialista, a la cual pertenecía desde 1932.

Alto, rubio, de gallarda figura, era un deportista sano y fuerte, un muchacho de conducta ejemplar y un excelente camarada. Pertenecía al Grupo de Dadores de Sangre "Blas Riquelme".

En el último tiempo había tenido que moderar sus actividades políticas a causa de ciertas amenazas que recibiera contra la tranquilidad de su madre. Dejó de tomar parte en las manifestaciones callejeras y pidió a sus compañeros que no lo ocuparan en acciones de poca importancia. "Llámenme —les dijo— cuando el interés de la Causa verdaderamente lo exija".

Llamado para la acción del 5 de Septiembre, acudió sin vacilar. Participó en la toma de la Universidad. Rendido allí, se le condujo a la Caja del Seguro. Como Guillermo Cuello, Yuric sirvió de intermediario entre un jefe de carabineros y los amotinados que se parepetaban en los pisos superiores del edificio. A Yuric se le prometió igualmente respetarle la vida si obtenía la rendición de sus compañeros, y fué, como Cuello, vilmente engañado.



Jorge Tepper Bradanovic

JORGE TEPPER BRADANOVIC

Hijo de don Jorge Tepper y de la señora Elena Bradanovic. Nacido en Temuco, el 14 de enero de 1916.

Exuberante de vida y de alegría, valiente, resuelto, con el hermoso optimismo de los veinte años, Jorge Tepper Bradanovic comunicaba su fe y su entusiasmo a cuantos le rodeaban. Aun recuerdan sus compañeros la ardiente sinceridad con que defendía sus ideales, su carácter franco y cordial, su habitual buen humor y aquel reír suyo, sonoro y regocijado, cuando charlaban en grata camaradería.

Educado en el Colegio Alemán y más tarde en el Liceo, empezó muy temprano a trabajar para contribuir al sostenimiento de la familia, que se había trasladado a Santiago.

Compartía los afectos de su corazón entre la madre, tiernamente amada, el padre que luchaba con los reveses de la fortuna, y las hermanas que con su

presencia embellecían el hogar. Y luego su alma se abrió para otro amor, el de la novia dulce y buena, que aparecía en su vida como promesa de cercana felicidad.

Pero la tranquilidad y bienestar personales no bastaban al espíritu amplio e idealista del mozo que, a pesar de su juventud, comprendía los graves problemas nacionales. El ideal de justicia y redención para el pueblo, sustentado por la Vanguardia Popular Socialista, le atrajo desde un principio y se consagró a él por entero.

Mas, para convertir aquel ideal en realidad se necesitaba esfuerzo, abnegación y renunciamiento. y, posiblemente, hasta el sacrificio de la vida. Jorge Tepper no retrocede ni vacila. Perseguido, encarcelado, privado de su empleo, no pierde por un instante el valor, ni la fe ni la habitual alegría. Ingresa al grupo de Dadores de Sangre, formado por sus compañeros de ideal, y generosamente transfunde en las venas exhaustas de sus compatriotas desvalidos la savia sana y vigorosa que corre por las suyas, mientras llega el momento de verterla hasta la última gota en el sacrificio supremo.

Presintiendo cercano ese instante, tiene para su madre un tierno recuerdo y adquiere para ella el seguro de vida que podrá proporcionarle algún bienestar cuando él ya no exista. Le oculta piadosamente su

resolución de participar en la asonada que desde hace muchos meses se prepara para librar a la Patria del régimen nefasto, y cuando llega la víspera del día decisivo, en la velada apacible y familiar, nada revela en él la íntima inquietud y el presentimiento doloroso. Es el muchacho de siempre, alegre y bromista.

En la mañana del 5 de Septiembre se despide de su madre y le dice, con el tono festivo que le es peculiar, que si la empresa de ese día tiene éxito, como él espera, vendrá para todos un tiempo mejor. Creyendo que se refiere a la certidumbre de obtener un nuevo empleo que habrá de permitirle cooperar otra vez en el bienestar de los suyos, su madre, enternecida, le ve partir. Le aguarda llena de ilusiones durante el día, y la noche la halla aguardándole aún. Entre tanto, en la Torre de la Sangre yace el hijo junto con sus compañeros, acribillado por las balas, desgarrado el pecho por profundas heridas, cortadas las manos por hondos tajos. Era intrépido, y sin duda luchó contra el acero asesino que se hundía en su cuerpo.



Juan Orchard Fox

JUAN ORCHARD FOX

Nacido en Antofagasta, el 27 de febrero de 1917. Hijo de don Juan Orchard y doña Teresa Fox.

En un colegio de Chillán hizo sus estudios y siguió después un curso de Electricidad en Santiago.

Delgado, moreno, de mediana estatura, no tenía una contextura vigorosa, por lo cual su madre y sus hermanos le reprendieron al saber que había ingresado en el grupo de Dadores de Sangre. Mas, el mozo, que era uno de los más entusiastas soldados de las Tropas de Asalto y pertenecía también a "los doce juramentados", les declaró con el entusiasmo que mostraba siempre que se refería a sus convicciones políticas, que no sólo una parte, sino toda su sangre estaba deseoso de dar por la Causa.

Y aquel deseo hubo de realizarse. Después de la cruel inmolación, en el cuerpo del mártir, cubierto de horrendas heridas, no quedó una gota de esa sangre que anhelaba ofrendar a la Patria.



Alejandro Bonilla Taján

ALEJANDRO BONILLA TAJAN

Hijo de don Ramón Bonilla y de la señora Fidelia Taján. Nació en Santiago, el 25 de agosto de 1915.

Se educó en el Colegio de San Agustín.

De carácter muy alegre, muy entusiasta, no tenía otro pensamiento que servir a la Causa ni otra satisfacción que luchar por ella.

En 1933 había ingresado al Partido y era soldado de las Tropas de Asalto.

Efectuaba activa propaganda en favor de sus ideales. Iba hasta los barrios más apartados y hostiles a vender "Trabajo", sin que le amedrentasen las injurias ni las agresiones. En innumerables circunstancias dió pruebas de su coraje, de su espíritu de sacrificio y de ese amor patrio tan hondo y tan ardiente que le hacía olvidarse de sí mismo, y que le llevó hasta el sacrificio de la vida en el sangriento holocausto del 5 de Septiembre.



Emiliano Aros Molina

EMILIANO AROS MOLINA

Hijo de don Carlos Enrique Aros y de doña Estefanía Molina. Nacido en Valparaíso, el 20 de julio de 1915.

Trabajaba en una fábrica de tejidos de Purranque y de allí vino al desfile del 4 de septiembre. Traía el presentimiento de su muerte. Un pariente suyo y, como él, leal soldado de la Causa, refiere la última entrevista con el mártir:

"De paso en Puerto Montt, algunos días antes del 5 de Septiembre, Aros vino a visitarme. Era este muchacho muy valiente, muy resuelto, tenía el alma muy bien puesta. Amaba a la Patria y no se resignaba a contemplar impasible la miseria moral y material de sus compatriotas. En nuestra última entrevista me habló de su próximo viaje a Santiago para participar en la Marcha de la Victoria, y me dijo que una voz secreta le anunciaba que ese día habría lucha y que en ella encontraría la muerte. —"No me importa,

expresó. Moriré gustoso por mi Patria, por mis ideales y por nuestro pobre pueblo, al que ansío con toda mi alma redimir". Decía esto con una emoción tan viva, hablaba de su muerte con tal seguridad, que, impresionado, le propuse ir yo en su lugar a la Marcha de la Victoria y que él se quedase en Puerto Montt a cargo de mis negocios. Naturalmente, no aceptó. Deseaba ir a Santiago para ver a su novia, a su familia, a los camaradas con quienes viviera inolvidables horas de lucha y de patriótico entusiasmo. Al despedirse me repitió: —"No me volverás a ver". No volví a verlo, en verdad. Un compañero me ha referido que el 5 de Septiembre, Aros salió ileso de la Universidad, y que después halló su cadáver despedazado y sobre un charco de sangre, en el pavimento de la Morgue".



Salvador Fernández Ponicio

SALVADOR FERNANDEZ PONICIO

Hijo de don Felipe Fernández y de la señora Aida Ponicio. Nació en Santiago, el 13 de agosto de 1916.

En el Seminario Pontificio hizo los primeros estudios y terminó los años de humanidades en el Colegio de San Pedro Nolasco. En ambos establecimientos obtuvo las notas más sobresalientes y supo conquistarse el afecto y la estimación de profesores y condiscípulos por su carácter bondadoso y afable, a la vez que por su hombría y su rectitud. A los dieciséis años era bachiller en humanidades, e ingresó a la Escuela de Medicina.

Al mismo tiempo que estudiaba, atendía el cargo de contralor en un teatro, pues la situación económica de su familia no era desahogada. Uno de los más ardientes anhelos de Salvador Fernández era alcanzar pronto una situación que le permitiera ser útil a su padre y a sus hermanos, en quienes había concen-

trado todos sus afectos. Su madre había muerto cuando él era aún muy niño.

En 1935, después de hacer como voluntario el servicio militar en el regimiento Buin, recibió el grado de oficial de reserva del Ejército de Chile.

Su dedicación al estudio no le impedía practicar los deportes a los cuales era muy afecto, ni consagrarse con todo el entusiasmo de su generoso espíritu a la causa de la Vanguardia Popular Socialista, en cuya filas, su padre, antiguo militante del Partido, le había hecho ingresar desde hacía tiempo, presionado por el ferviente deseo del estudiante.

La incansable actividad de Salvador Fernández, su altruísmo y esa abnegación de que tantas pruebas diera en su corta vida, le llevaron a colaborar con el doctor Magasich, su compañero de ideal y de martirio, en la formación de la Policlínica del Partido y a ingresar en uno de los grupos de Dadores de Sangre.

Había manifestado en diversas ocasiones el firme propósito de dar la vida, si era preciso, por el triunfo de la Causa, y de la sinceridad de esas palabras dió testimonio su cuerpo desgarrado por dieciocho heridas, en la Torre del Martirio. El cadáver de Salvador Fernández fué uno de los más bárbaramente despedazados.



Jorge Sepúlveda Céspedes

JORGE SEPULVEDA CESPEDES

Hijo de don Ismael Sepúlveda y de la señora Eduarda Céspedes. Nacido en Curicó, el 10 de mayo de 1914.

Terminados los años de humanidades en el liceo de la ciudad natal, Jorge Sepúlveda Céspedes ingresaba, en 1931, a la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile, y como era buen camarada y tenía el carácter alegre y franco, se conquistó pronto el afecto de sus compañeros. Estimado también por sus profesores, fué ayudante de la Cátedra de Matemáticas en varios cursos.

Egresado de la Universidad en 1937, preparaba la memoria para obtener el título de ingeniero y desempeñaba, a la vez, un empleo. Tenía el propósito de dirigirse a Estados Unidos, cuando acontecieron los sucesos del 5 de Septiembre.

Abrazó la fe vanguardista en 1934 y perteneció al Grupo Universitario. Era un militante entusiasta

y convencido. Se caracterizaba por su perenne buen humor. Supo mostrarse alegre y festivo hasta el último día, hasta en los dramáticos instantes del asalto a la Universidad, cuando encerrado allí con sus compañeros, mantenía a éstos en constante hilaridad con las agudas chanzas y los gruesos epítetos que dirigía a los sitiadores, empeñados en forzar una de las puertas del edificio, y a los cuales amedrentaba arrojándoles bombas detonadoras.

No hirió a nadie; pero a él le despedazaron bárbaramente.

Los que presenciaron el horrendo espectáculo de la Morgue, pudieron ver el cadáver de Jorge Sepúlveda con un brazo enteramente separado del tronco y con la cabeza deshecha a culatazos.



Timoleón Jijón González

TIMOLEON JIJON GONZALEZ

Hijo de don Angel Jijón y de la señora Elena González. Nacido en Valparaíso, el 16 de junio de 1918.

Su padre, un militar ecuatoriano, perteneciente a una honorable familia guayaquileña, contrajo matrimonio en Chile y formó su hogar en esta tierra que consideraba como su segunda patria. Murió, desgraciadamente, cuando sus hijos eran aún pequeños, dejando a la familia en una difícil situación económica; mas, la animosa madre, con ingentes sacrificios, pudo criar y educar a sus hijos. El menor de éstos, Timoleón, se distinguió desde niño por su carácter serio, su afición al estudio y al trabajo y su ejemplar conducta.

Empleado como embalador en la fábrica de Hucke Hnos., de Valparaíso, era estimado por sus jefes y muy querido de sus compañeros. Con su sueldo mantenía a su madre.

Ingresó a la causa vanguardista en 1933. Durante los cinco años que militó en ella, dió ejemplo de disciplina, lealtad y valentía. Incansable propagador de sus ideales, se preocupaba de que "Trabajo", la voz del Partido, llegase a todas partes. Como soldado de las Tropas de Asalto, había tomado parte en muchas acciones en que se probaron su coraje y su patriotismo, y mereció una distinción especial por la generosa intrepidez con que en una ocasión salvó la vida a un compañero.

Cuando vino a Santiago para la Marcha de la Victoria, su madre, que conocía el arrojo y el entusiasmo patriótico del muchacho, tuvo el presentimiento de que no volvería a verle vivo. Y aquel presagio se realizó con terrible precisión. Conducido el cuerpo del mártir a Valparaíso, quiso la desconsolada madre contemplarlo por vez postrera; mas, no le fué posible reconocerlo por las facciones sino por algunas prendas de la ropa. El rostro bárbaramente golpeado, era sólo una masa informe.

Timoleón Jijón murió heroicamente en la Caja del Seguro Obrero. Herido y derribado a la primera descarga, tuvo la energía de levantarse y enrostrar el crimen a sus asesinos.



José Figueroa Figueroa

JOSE FIGUEROA FIGUEROA

Hijo de don José Luis Figueroa y de doña Luisa Figueroa. Nacido en Valparaíso, el 31 de marzo de 1917.

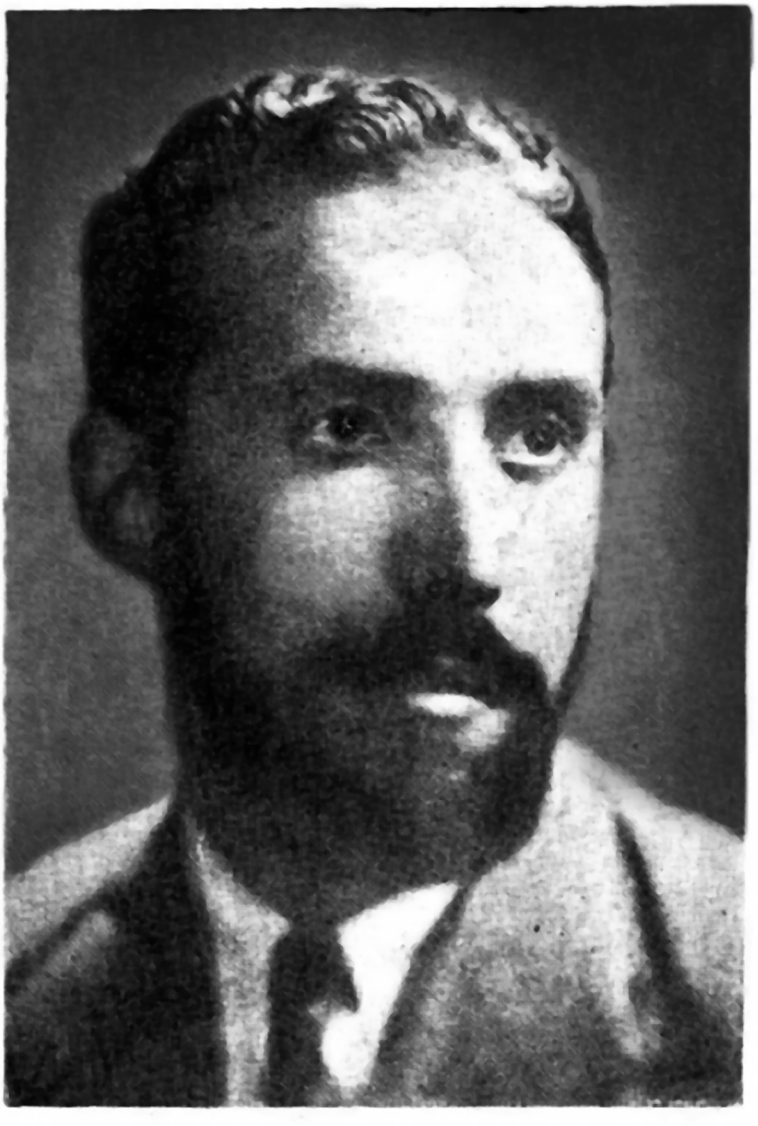
Era obrero de la Municipalidad de Valparaíso.

El ideal de la causa vanguardista le había atraído desde que se fundara el Partido en ese puerto; pero, aunque concurría a las concentraciones y le agradaba oír a los entusiastas oradores que propagaban y defendían la doctrina que tan de acuerdo estaba con su pensamiento, no ingresaba en las filas por temor de que este paso le acarreara la pérdida de su empleo. Un día, por fin, decidido a arrostrar todas las consecuencias, juró consagrarse "por entero y por siempre a la grandeza de Chile".

Sobrio y honrado, muy querido de sus compañe-

ros, tenía fácil palabra y defendía sus convicciones políticas con entusiasmo y energía.

Vino de Valparaíso a la Marcha de la Victoria y participó en el asalto a la Caja del Seguro Obrero. Murió como un valiente.



Eduardo Suárez Suárez

EDUARDO SUAREZ SUAREZ

Hijo de don Eduardo Suárez y de la señora Josefa Suárez. Nacido en Temuco, el 8 de agosto de 1911.

Los padres y los hermanos nacieron en España; pero Eduardo, el hijo menor de la numerosa familia, vino al mundo en tierra chilena y era chileno de corazón.

Desde niño dió muestras de una inteligencia privilegiada. Cursó las humanidades en el Liceo de Temuco y en el Instituto Barros Arana, y como tuviera una gran disposición para las matemáticas, quiso seguir los estudios de ingeniería e ingresó a la Universidad de Chile en 1931. Sus excepcionales dotes de carácter y su dedicación al estudio y al trabajo, le valieron muy pronto el nombramiento de Ayudante de la Cátedra de Química Analítica, y luego de Jefe de esa misma Cátedra, cargo que desempeñó con éxito hasta el día de su muerte.

Egresado de la Escuela de Ingeniería, se hallaba próximo a emprender viaje a Estados Unidos para ampliar sus conocimientos y perfeccionar sus estudios.

La rectitud y la generosidad de su espíritu, su entusiasmo por todo lo grande y lo noble, le hicieron abrazar la fe vanguardista desde la fundación del Partido, cuyos ideales propagó y defendió con talento y constancia.

Compenetrado de la necesidad del golpe revolucionario del 5 de Septiembre, participó en la toma de la Universidad, y fué uno de los amotinados a quienes se asesinó allí después de haberse rendido.

Suárez, herido a sable por haber acudido en defensa de un compañero, a quien un oficial golpeaba bárbaramente, tuvo fuerzas, no obstante, para enrostrar su villanía a aquel hombre. El oficial empuñó su pistola y con un disparo casi a boca de jarro tendió muerto instantáneamente al noble mozo.



Renato Chea Meneses

RENATO CHEA MENESES

Hijo de don Juan Chea y de doña Ema Meneses. Nacido en Valparaíso.

Contaba apenas dieciocho años; mas, por su valentía, su buen criterio y su serenidad, parecía un hombre ya formado.

Su padre había muerto, y su madre y un hermano de corta edad vivían del trabajo de aquel muchacho que era un hijo excelente.

Educado en la Escuela de San Vicente y miembro de la Acción Católica, cumplía tan a conciencia sus deberes religiosos como su juramento de servir a la Patria.

En la época de su muerte hallábase empleado en el hotel "El Retiro", de Quilpué. Vino a Santiago lleno de entusiasmo para participar en el desfile del

4 de septiembre, y como la mayor parte de los camaradas porteños que le acompañaron en aquel viaje, se ofreció para cooperar al siguiente día en el asalto a la Caja del Seguro Obrero. Allí murió con el nombre de Chile en los labios.



Manuel Silva Durán

MANUEL SILVA DURAN

Nacido en Santiago, el 12 de abril de 1916. Hijo de don Alejandro Silva y de la señora Clementina Durán.

En algunas de las muchas instantáneas que se tomaron a los amotinados de la Universidad durante el camino del calvario, se destaca de un modo particular, con el vestón flotante y el "sweeter" blanco, la figura esbelta y airosa de Manuel Silva Durán. ¡Con qué firmeza y absoluto desprecio de lo que le aguarda parece marchar! Cogido de los puños y con aire amenazador le conducen sus aprehensores, en tanto que él camina despreocupadamente, con juvenil desenvoltura.

Con aquella misma valentía despreocupada y audaz había tomado parte en los tumultos callejeros, suscitados por los atropellos gubernamentales; así, intrépidamente, pregonaba "Trabajo", desafiando las tenaces y encarnizadas persecuciones; así, también, en

una ocasión, juró con sus once compañeros dar la vida en cualquier momento y en cualquier circunstancia que el interés de la Patria lo exigiera.

Obrero empeñoso y competente en el ramo de construcciones y, a la vez, activo militante de la Causa, se le veía todas las tardes, después del cotidiano trabajo, en el Cuartel Central con su pequeño hijo, al que amaba tiernamente.

Sus veintidós años llenos de vigor y de energía, su firme esperanza en días mejores, la esposa y el pequeño no fueron bastante para retener ante la muerte a este heroico hijo del pueblo, cuando la Patria le exigió el sacrificio supremo.



Daniel Jorge Jeldes



Carlos Jorge Jeldes

DANIEL Y CARLOS JORGE JELDES

Hijos de don Daniel Jorge y de doña Herminia Jeldes. Nacidos en Calera.

Veinticuatro años tenía el uno y dieciocho el otro. Su padre, árabe de origen, emigró con su familia al Uruguay, en donde un drama sentimental separó a los esposos. El hijo mayor quedó con el padre y el menor regresó a Chile con su madre. Esta, mujer animosa y trabajadora, aprovechó sus conocimientos musicales y con ellos supo ganarse la vida y mantener y educar a su hijo Carlos. Cuando el otro hijo, Daniel, tuvo dieciocho años, regresó a la Patria. Contrajo matrimonio y a su muerte quedaron dos hijos pequeños.

Ambos eran modestos empleados, y el menor compartía con su madre el escaso sueldo.

Carlos, valiente, resuelto, impetuoso, pertenecía a las Tropas de Asalto, a las cuales ingresara en 1934. Daniel, de carácter serio y tranquilo, ingresó más tar-

de; pero era, como su hermano, profundamente adicto a la Causa.

En la noche del 4 de septiembre, cuando uno de sus camaradas fué a comunicarles la orden de dirigirse al Cuartel Central y prepararse allí para el día siguiente, ninguno vaciló siquiera un instante, aunque ambos tenían perfecto conocimiento del peligro que iban a arrostrar. Tomaron parte en el asalto a la Caja del Seguro Obrero.



Luis Gilberto Arriagada Muñoz

LUIS GILBERTO ARRIAGADA MUÑOZ

Hijo de don Luis Arriagada y doña Mercedes Muñoz. Nacido en Osorno, el 13 de mayo de 1915.

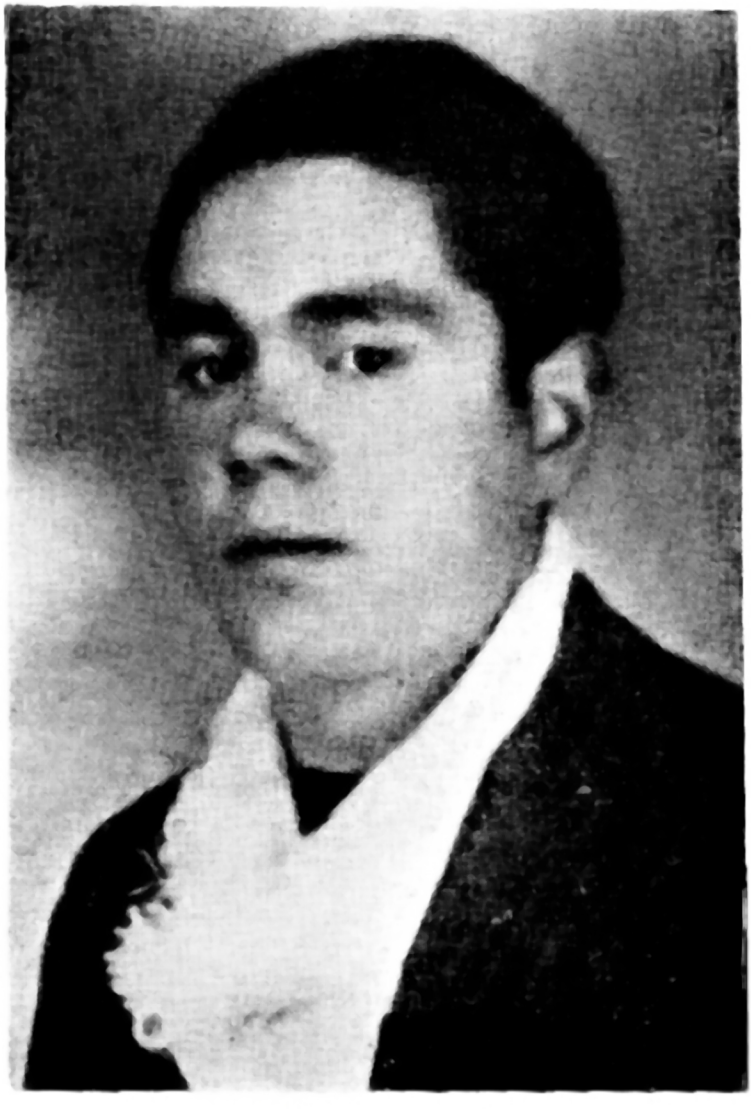
Era hijo único. Sus padres atendieron con esmero a su educación y se le inculcó un claro concepto del deber cívico, de la rectitud y de la disciplina; y por tanto, no fué extraño que Luis Gilberto se distinguiera por sus cualidades morales.

Hizo sus primeros estudios en el Colegio de la Inmaculada Concepción y cursó humanidades en el Liceo. Siempre fué alumno estudioso y ejemplar. Se distinguió también como scout de la Brigada de Osorno. A los veinte años empezó a trabajar con su padre en una propiedad agrícola.

En 1936 ingresó en las filas del movimiento que más tarde sería la Vanguardia Popular Socialista, y del cual su padre había sido uno de los fundadores en Osorno. Luis Gilberto abrazó la causa de la Pa-

tria con ardiente entusiasmo. Soldado y luego cabo de las Tropas de Asalto, fué, como en todas las circunstancias de su corta vida un ejemplo de disciplina y abnegación.

Bajo las órdenes del Comisario Maragaño vino a Santiago con otros compañeros para tomar parte en el desfile del 4 de septiembre. Como Maragaño ofreciera su concurso para participar en la acción revolucionaria del día siguiente, Arriagada imitó su ejemplo y fué al asalto de la Universidad y afrontó la muerte resuelta y valerosamente.



Alberto Murillo Muñoz

ALBERTO MURILLO MUÑOZ

Hijo de don Manuel Murillo y de doña María Muñoz. Nacido en Valparaíso, el 15 de enero de 1922.

Vino al mundo en el cerro del Barón, ese típico barrio popular de sórdidos edificios, conventillos insalubres y desamparados albergues de barro y calaminas.

El padre había muerto, y la madre luchaba por el sustento de sus hijos con el tesón y la valentía de que tan admirables ejemplos ofrece la mujer de nuestro pueblo. Alberto, después de terminar el primer año de humanidades, seguía un curso de carpintería en la Universidad Católica y trabajaba, a la vez, en la Compañía de Teléfonos.

La vida no era alegre para aquella familia. Trabajaban rudamente y no siempre había pan. Mas, de pronto, el humilde hogar se iluminó con la luz de un ideal que era esperanza de redención y días mejo-

res para el pueblo. Alberto Murillo había abrazado la causa vanguardista, y la fe con que propagaba y defendía sus convicciones le había transformado en un patriota entusiasta y optimista.

Su madre, honrada lavandera, trabajaba sin descanso durante el día y dedicaba algunas horas de la noche al planchado de la ropa, tarea penosa que se le tornaba ligera, cuando veía al hijo regresar alegremente de las patrióticas reuniones, entonando lleno de fervor los himnos del Partido.

Hoy, el muchacho entusiasta ha callado para siempre, en tanto que su madre continúa luchando con la miseria y el dolor. Encorvada sobre la agobiadora tarea, en la soledad de la noche se imagina con frecuencia oír los pasos del hijo que le alegraba la existencia, y cree verle como aquella mañana en que partió lleno de vida, para volver entre las cuatro tablas de un ataúd.



Julio Hernández García

JULIO HERNANDEZ GARCIA

Hijo de don Neftalí Hernández y de doña Julia García. Nacido en Santiago.

Activo y trabajador, era el sostén de su madre. Tenía dieciocho años. Su poca edad no le impedía hallarse al frente de un negocio y manejarlo con acierto.

Militante de las Tropas de Asalto desde muy muchacho, era inteligente y estudioso y se había compenetrado de los postulados de la Causa y de sus deberes patrióticos.

El 4 de septiembre, de regreso del desfile en honor del General Ibáñez, relataba a su madre los detalles de aquel acontecimiento, mientras se cambiaba de ropa. La madre le ayudaba en aquellos menesteres y nunca podrá olvidar la expresión triste y cariñosa, a la vez, con que su hijo le pidió disculpa por las molestias que le imponía aquella noche. —"Madre, le dijo, éste es el último trabajo que le daré en mi vida".

Salió luego de la casa y su familia no le volvió a ver hasta dos días más tarde, inerte y cubierto de heridas, en la Morgue.

Actuó en la Universidad y fué inmolado en la Caja del Seguro Obrero.



Efraín Rodríguez Berríos

EFRAIN RODRIGUEZ BERRIOS

Nacido en Iquique, el 10 de septiembre de 1910. Hijo de don Salvador Rodríguez y de doña Sara Berríos.

Cuando en la noche de aquel siniestro día el honrado chofer de la fábrica "La Industrial", hombre tranquilo y sin vicios, no regresó a su hogar, en Renca, Mercedes, su esposa, próxima a ser madre, se sintió presa de angustiosa inquietud. Sabía que su marido, fervoroso militante de la causa vanguardista, era uno de "los doce juramentados" que estaban dispuestos a morir en cualquier momento que la Patria lo exigiese; y como al día siguiente llegasen a sus oídos aterradoras noticias sobre la masacre en la Caja del Seguro Obrero, su angustia no tuvo límites. No pudiendo ir a Santiago, envió a su madre para que indagase la suerte del ausente.

Regresó la anciana al cabo de algunas horas, temblorosa y trastornada por lo que viera; mas, sacando fuerzas de su ternura maternal, trató de calmar la ansiedad de su hija.

—Tu marido está preso, le dijo, pero pronto van a soltarle.

Y como Mercedes, con los ojos dilatados por el terror, le preguntase por qué traía los zapatos llenos de sangre, la valerosa mujer respondió inmediatamente:

—Es que estuve en una carnicería.

Y expresaba una horrenda verdad. Pisando sobre la sangre que empapaba las baldosas de la Morgue, la suegra de Efraín Rodríguez había buscado entre los sesenta y tres cadáveres horriblemente despedazados al marido de su hija. Los golpes y las heridas le habían dejado irreconocible; mas, se le pudo identificar por la ropa, y colocado en el ataúd, iba a sepultársele sin más trámites.

Mercedes creyó durante algunos días que su marido se hallaba en la cárcel, como estuviera dos años antes en Rancagua, preso por la Causa. Pero, de pronto, alguien le reveló bruscamente la verdad. Cayó la desventurada como herida por un rayo, y el hijo nació en medio de sollozos y de lágrimas inagotables.

En la iglesia de Renca y apadrinado por el Jefe, a quien el mártir había querido y respetado profunda-

mente, se bautizó al niño con los nombres de Efraín Jorge Bruno, en recuerdo de su padre, del Jefe y de Bruno Brüning, el inolvidable Comisario de Renca, que también sacrificara la vida heroicamente el 5 de Septiembre.



Carlos Riveros Sáez

CARLOS RIVEROS SAEZ

Hijo de don Isidoro Riveros y de la señora Carmen Sáez. Nacido en Valparaíso, el 18 de enero de 1938.

Al cumplir los veinte años, Carlos Riveros Sáez escribía en sus "Memorias": "He abrazado la causa de la Patria y soy un rebelde. Tengo sed de justicia. Quiero ver a mi querido Chile en el pináculo de la grandeza, quiero que mis compatriotas constituyan un pueblo viril, honrado y virtuoso. Este es mi ideal, al que dedico todas mis energías, todo mi entusiasmo juvenil. No me importa ser escarnecido y olvidado, porque siento la satisfacción y la alegría de consagrar mi existencia a algo noble y útil. Las dificultades y el peligro no me espantan y trato de afrontarlos con el estoicismo de un espartano".

Como un espartano luchaba y murió Carlos Riveros Sáez, y en las páginas que trazara se dibuja su silueta de patriota ardoroso y escritor sentimental.

Para completar su perfil añadiremos que era el mayor de los ocho hermanos que componían el hogar modesto y digno de los esposos Riveros, y que al mismo tiempo que seguía sus estudios en la Universidad Católica de Valparaíso, desempeñaba un puesto en los Ferrocarriles del Estado, pues debía trabajar para mantener a la familia.

El 5 de Septiembre actuó junto con aquel valeroso grupo de compañeros porteños que, en el Seguro Obrero, no vacilaron en afrontar la muerte por el triunfo de su ideal.



Hugo Abel Moreno Donoso

HUGO ABEL MORENO DONOSO

Hijo de don Félix Moreno y de doña Rosa Donoso. Nacido en Santiago, el 15 de mayo de 1917.

De regreso de la Marcha de la Victoria, a la cual había asistido a pesar de hallarse enfermo, Hugo Moreno, fatigado por la larga caminata, se disponía a echarse a la cama, cuando un compañero le comunicó la orden de dirigirse al Cuartel Central del Partido. Su madre y su hermana le rogaron que se quedase en casa y se cuidase; pero, el entusiasta muchacho no les dió oídos y corrió al cuartel que tan querido le era y en el cual pasaba la mayor parte de las tardes arreglando desperfectos o trabajando en la construcción y pintura del teatro, pues Moreno, aunque mecánico de oficio, era, cuando las circunstancias lo requerían, carpintero y pintor.

Cuando transcurrió aquella noche y el día siguiente, y la madre no vió volver al muchacho afectuoso

y de ejemplar conducta, empezó a intranquilizarse y luego aquella inquietud se convirtió en angustia intolerable. Siniestros rumores corrían ya por toda la ciudad, y las estaciones de radio dejaban comprender una parte de los sangrientos sucesos de la tarde. Cerca de medianoche, la hermana de Hugo Moreno llamó por teléfono al Cuartel Central de la Vanguardia para inquirir noticias del muchacho. Ignoraba que el local había sido ocupado por fuerzas de Carabineros. Una voz ruda y airada le respondió: "No pregunte por los bandidos que venían aquí, porque no se ha dejado a ninguno con vida".

Hugo Moreno, prisionero en la Universidad, se hallaba muerto en la Caja del Seguro.



Alberto Ramirez Zamora

ALBERTO RAMIREZ ZAMORA

Hijo de don Alberto Ramírez y de doña María Luisa Zamora. Nacido en Valparaíso.

Tenía veinte años. En Valparaíso, en una escuela primaria, había hecho sus estudios, y en el núcleo de ese puerto abrazó la fe vanguardista.

Era obrero. Activo y empeñoso, de carácter franco y leal, dispuesto siempre al esfuerzo y al sacrificio, fué un valiente soldado de la Causa, cuyo ideal significaba para él la esperanza de una era de bienestar para la Patria, a la cual amaba ardientemente, y de justicia y redención para el pueblo, cuyos sufrimientos y miserias conocía desde que abriera los ojos a la vida.

En la mañana del 4 de septiembre vino de Valparaíso a la Marcha de la Victoria, y con el mismo en-

tusiasmo con que tomó parte en aquel desfile, participó al día siguiente en el asalto a la Caja del Seguro Obrero, donde se realizó el anhelo de dar su sangre por la redención de sus hermanos.



Héctor Manuel Jelves Olea

HECTOR MANUEL JELVES OLEA

Nacido en Viña del Mar, el 28 de agosto de 1920. Hijo de don Manuel Jelves y de la señora Rosa Olea.

Trabajaba en la fábrica de Velarde, Osuna y Cía., de Valparaíso, y era de muy buena conducta, servicial y cumplidor de sus deberes.

Inmolado en la Caja del Seguro Obrero, su cuerpo, cubierto de heridas, fué recogido por un amigo, quien, con gran dificultad, pudo transportarlo a Valparaíso y depositarlo en la iglesia de Los Doce Apóstoles. Se velaban allí los cadáveres de otros mártires porteños, y al anochecer, la autoridad ordenó sacar los ataúdes de la iglesia y quiso impedir el oficio fúnebre que debía celebrarse al día siguiente; pero el Cura, don Lorenzo Aguiar, con una energía y una comprensión de sus deberes verdaderamente ejemplares, se opuso a aquel atropello y la misa de réquiem

se cantó a las 7 de mañana en medio de la profunda emoción de la concurrencia que llenaba el templo.

Héctor Manuel Jelves reposa junto con sus compañeros porteños en el apacible sitio frente al mar que, en el cementerio de Playa Ancha, adquirieron para sepultura de sus mártires los vanguardistas de Valparaíso.



Pedro Molleda Ortega

PEDRO MOLLEDA ORTEGA

Nacido en Santiago. Hijo de don Pedro Molleda y de doña Amanda Ortega.

Encabezado el desfile de sombras gloriosas con la viril silueta de Enrique Herreros, el estudiante, se cierra con la figura admirable de Pedro Molleda, el obrero. Intérprete el uno del patriotismo y la voluntad ardientes con que los revolucionarios del 5 de Septiembre acometieron la audaz empresa, encarna el otro la aceptación suprema del sacrificio y la fe inquebrantable de aquella juventud en el triunfo de la Causa por la cual daba la vida.

Pedro Molleda Ortega tenía veintidós años. Era soldado de las Tropas de Asalto de Valparaíso. Militante entusiasta y muy adicto al Partido, se vió privado del empleo que desempeñaba en el Hospital Ferroviario, a causa del fervor patriótico que desbordaba de su generoso corazón.

El 5 de Septiembre estuvo entre los asaltantes de

la Caja del Seguro Obrero. Mostró en los últimos momentos una incomparable entereza. Obtenida, mediante vil ardid, la rendición de los revolucionarios, descendían éstos sin armas y con los brazos en alto al sexto piso, donde les aguardaban sus aprehensores, cuando, cogidos en cobarde celada, fueron ametrallados sin piedad. Cayeron sus cuerpos unos sobre otros, en horrible hacinamiento, debatiéndose en los estertores de la agonía. Los asesinos procedieron entonces a rematar a los heridos, y se hallaban en esta bárbara operación, cuando uno de los caídos se levantó repentinamente y vivó a Chile. Derribado por un balazo, volvió a levantarse y a repetir el fervoroso grito. Una segunda bala le abatió de nuevo; pero aun tuvo fuerzas para dirigirse a sus compañeros moribundos y alentarlos con estas palabras que sintetizan el pensamiento heroico que inspiró a aquella juventud: "¡No importa, camaradas, porque nuestra sangre salvará a Chile!" Un oficial dió de sablazos en el rostro a Molleda y se ensañó en él hasta dejarle sin vida.

El sacrificio se había consumado. El drama terminaba en espantosa tragedia. Ahogábase la esperanza del triunfo en torrentes de sangre, y de la brillante muchachada que participara en la aventura heroica no quedaba más que un montón de cadáveres horriblemente destrozados. Mas, por encima de aquel ate-

rrador desastre, de aquel desenlace horrendo de una acción en que tantas esperanzas se cifrara, se elevaba algo imperecedero y triunfante, algo que no podían destruir los sayones que herían los cuerpos indefensos y segaban las vidas juveniles: el espíritu indomable de Pedro Molleda y de sus compañeros, la indestructible fe de aquellos héroes en la victoria definitiva del ideal. ¡No importa, camaradas, que hayamos caído, no importa que nos hieran y nos maten, no importa que se ensañen en nuestros cadáveres, porque esta sangre que derramamos es el precio de la redención de nuestro pueblo y de la grandeza de nuestra Patria!

J. de M.

ULTIMA CARTA DE RICARDO WHITE

Santiago, 5 de Septiembre de 1938.

Querido hermano:

Te pido el secreto de estas líneas que te escribo, porque ellas son de gran importancia para mi madre. Te pido también valor y promesa de que suceda lo que suceda, tú, por mi memoria, no abandonarás a la mamá. Esto que te pido de hombre a hombre, lo hago porque cuando recibas estas líneas me estaré jugando la vida por mi patria, tratando de conquistar el bienestar que necesita nuestra colectividad social. Nosotros que hemos sufrido en carne propia los males de un régimen y de una casta, somos los que tenemos que luchar con valor por conquistar días mejores a costa de nuestra sangre si es necesario.

Hoy he recibido la misión más audaz y delicada de la revolución: si la cumplo con éxito tú guardarás

secreto de esta carta, para que la mamá no sepa, y si no alcanzo a veros nuevamente, valor, hermano, valor. Quiero, sí, que le des un beso a mi mamacita como mi última despedida, porque lucharé y caeré pensando en ella, en quien sólo es posible pensar después de servir a la patria; y dile que siento no poder dejarle nada porque nada tengo; sólo te pido que la consueles; que si la suerte me acompaña podré acariciarla y ayudarla como ella se merece, y si no... consuélala, dale valor para que viva muchos años para bien tuyo y de los hermanitos; hazle ver que somos mortales y que tenemos algún día que irnos, y más vale caer luchando por nobles y justas causas, que morir en una cama.

Salud y valor es lo que puedo desearte, para que cuides a mamá, tu hermano.

¡Viva Chile y la revolución!

Ricardo.

¡CAMARADAS!

¡Camaradas,
con la sangre derramada
quedó la espada encendida!

Años mozos que no son,
muertos que ya son semilla...
Camaradas,
la Tierra está avergonzada
por los hombres que se atreven a mirar un nuevo día
con la conciencia manchada
por nubes de villanía!
¡Camaradas,
la Patria está agradecida,
pues la sangre derramada
dejó la tea prendida!

Hermanos fuimos en vida,
¡hermanos!...
juntos seguimos tras la palabra encendida,
juntos prendimos estrellas sobre la Patria,

¡era nuestra la esperanza de un cercano y claro día
para ella!
mas, ahora se enlutaron las banderas
que sus manos tremolaron con gallarda bizarría!

Eran hombres y soñaron,
eran jóvenes y fueron heroicas sus rebeldías.

Volaron sobre la Historia,
soñaron un claro día...
¡Hermanos fuimos en vida
y hoy lo somos
sobre la muerte y el odio,
sobre el dolor y el acero, pues la sangre derramada
deja la Idea encendida!

Tenían alas de cóndores,
almas de niños tenían;
eran buenos, eran buenos
como el pan y la alegría.
No sabían ser amargos
y el Alba les sonreía;
eran sinceros y claros
como el agua humilde y fría...
¡Tenían alas de cóndores,
almas de niños tenían!

Hay cien madres que sollozan
dolor de eterna partida
por cien muchachos que fueron
fanal de gloria y hombría.

5 DE SEPTIEMBRE DE 1938

Están cerrados sus ojos,
mas, no han muerto todavía,
porque si la tierra tiene
sus pobres, tristes cenizas,
tiene el futuro su gesto
de gallarda rebeldía.

¡Camaradas,
los hermanos no se han ido!
¡Qué nos aliente su ejemplo
como una estrella encendida
más allá
del dolor y de la vida!...
¡Que tremolen las banderas
que en sus manos agitaron con heroica bizarría!
¡que sus gritos de agonía
sean toque de clarín,
que el crespón de luto y sangre
se transforme en oriflama!
¡que resurja la pujanza
que vibró en Arauco un día,
voz de bronce y de vindicta
brote, plena de coraje y de energía
de los pechos lacerados
por los hombres que se escudan para herir!

¡No haya paz en los canallas!
¡que retumbe en el confín
más lejano de esta tierra
un vibrar de corazones que se agitan
en rugente rebeldía

por aquéllos
los hermanos que están muertos
y que alientan todavía
bajo el ala sacrosanta del Martirio y de la Gloria!
Camaradas,
por los muertos,
por aquéllos que supieron ser chilenos,
por aquéllos que encendieron una hoguera
de sangriento sacrificio,
por aquéllos que forjaron una gesta
de bravura y heroísmo,
por los hijos predilectos de esta tierra
que adoraron
más allá de las espadas asesinas,
más allá de las cobardes villanías;
camaradas,
por aquéllos que lucharon un cercano y rojo día
por la honra de la Estrella Solitaria.
¡apretemos las legiones,
tremolemos los pendones
que sus manos agitaron con heroica bizarría!

¡Camaradas,
con la sangre derramada
quedó la espada encendida!...

Manuel Lagos del Solar.

EN LA TORRE DE LA SANGRE

(Relato de un testigo ocular)

5 de Septiembre de 1938. 1 de la tarde.

Frente al edificio del Seguro Obrero, en la Plaza de la Constitución, una compacta muchedumbre mira hacia lo alto. Hay nubecillas de humo y, luego, el tono seco de los disparos. Zumban los camiones que transportan tropas. Carabineros del Grupo de Emergencia y del 5.° Regimiento. Actúan nerviosamente los fotógrafos. Los repórteres andan pisando los talones al General Arriagada, Director de Carabineros.

Ahora sale de la Intendencia. Va hacia la Moneda. —"¿Qué pasa, General?" El General tiene los ojos duros y la respuesta igual: —"Nada. Un grupo de bandidos. A éstos se les trata así". Y se detiene en su marcha de rápidos pasos. Arranca de manos de un soldado el fusil-ametralladora. Apunta. Corre el alza. Gatillea. La cinta metálica portadora de las balas tartamudea la muerte. Taf-taf-taf-taf. El Ge-

neral sonríe, satisfecho. —"Le di, dice. Ya hay uno menos".

---

1 y 5 de la tarde.

Con pies de relámpago, la realidad de la noticia ha circulado por toda la ciudad. Los atrincherados en el Seguro no son bandidos, como lo afirmara enfáticamente el General de Carabineros. Son los muchachos vanguardistas. Obreros, empleados, estudiantes. También los hay en la Universidad de Chile. Se han levantado en armas contra el Gobierno antipopular. Disponen de armas viejas y de corazón. Combaten a la antigua. Derrochando municiones por las ventanas y palabras por los altoparlantes. Con una gran bocina entre sus manos, un muchacho se asoma en el noveno piso. Es rubio. Tendrá veinte años. Se ve un parche de distinto color sobre las mangas remendadas de su abrigo de estudiante o de obrero. Las balas se estrellan junto a él. Salta hecho pedazos el cristal de una ventana cercana. El muchacho sonríe. Grita al través de la bocina: "¡Viva el pueblo! ¡Abajo Alessandri!" Zumban como avispas los disparos. Las balas sincronizan su gesto romántico y heroico. La rubia cabeza desaparece.

---

1 y 10 de la tarde.

Desde lo alto del Seguro ha caído un petardo en el costado de la Moneda. La mecha demora dos segundos en consumirse. La explosión rompe uno de los amplios ventanales que miran hacia la Prefectura General. Es la ocasión esperada por nosotros. Corremos pegados a las murallas. Llegamos a la ventana rota. Saltamos. Caímos sobre una máquina de escribir. Julio Lanzarotti, mi compañero, destroza, además, los alambres de un teléfono. Pero es lo de menos.

---

1 y 20 de la tarde.

Desde hace cinco minutos, la tropa de Carabineros ha invadido la parte baja del edificio. Dominan hasta el tercer piso. Tratan ahora de conquistar el cuarto. Los balazos de pistola, los tiros de carabina, retumban en los pasillos y en las escalas. Como cañonazos. ¡Buuum! ¡Buuum! Somos los únicos periodistas que estamos en el interior. Nos han confundido con agentes de la Sección de Seguridad. Nadie nos molesta. Un oficial nos dice: "Tenemos para largo". En esos instantes, acompañado de personal del Grupo de Emergencia, llega Enrique Guzmán Araya. "El Gordo Guzmán". Es también periodista, y

de los buenos. Se apodera de un teléfono y comienza a transmitir detalles.

---

1 y 30 de la tarde.

Llegan oficiales nerviosos con órdenes nerviosas. Hay confusión y movimiento. Nadie se da cuenta de nosotros. Subimos las escaleras. En el tercer piso, un cabo nos dice: "Cuidado. Hay peligro". Pero ya estamos en el cuarto, en el quinto, en el sexto piso. Allí nos detienen. Es la vanguardia de los sublevados. Tres muchachos. Veinte, veintidós y veinticinco años. Dos pistolas Mauser y un viejo Smith y Wetson falsificado. Seis ojos resueltos. Nos dicen: "¿Y ustedes?" Respondemos: "Periodistas, "Ercilla", estamos aquí desde hace veinte minutos. Quisiéramos hablar con alguien". Hay un momento de vacilación. Sacamos nuestros carnets. Quedamos bajo la custodia de dos de ellos. El tercero trepa por las escaleras. Regresa al instante. Vuelve acompañado del doctor Marcos Magasich. La culata de la Colt sobresale de su bolsillo derecho. Un aparato bélico que contrasta con su rostro bondadoso y espiritual.

No hay tiempo que perder, las balas atraviesan los huecos de todas las escaleras. Desde abajo llega el ruido pesado de las botas militares. Ha llegado más

tropa. Un vigía avisa: "Han instalado una ametralladora en el tercero. Van a abrir fuego". Magasich sonríe. "Por aquí", dice, y nos conduce a una oficina contigua.

Conversamos nerviosamente. Magasich nos dice: "Yo no puedo responder por ustedes. Bajen luego. Todavía hay tiempo. Después será tarde". Respondemos: "Pero antes diga algo". Nos expresa: "Podemos triunfar o ser derrotados. Fríamente, lo uno o lo otro no nos importa ya. Lo que nos interesa es afianzar el ejemplo que damos al pueblo de Chile. Moriremos, es seguro. Pero cada uno de nosotros vino aquí dispuesto a dar la vida. Después de nosotros, la dictadura oligarca no podrá durar mucho en Chile. Ustedes lo verán". Algo se anuda en nuestra garganta. Le gritamos casi: "¡Usted también, Magasich, usted también!" El vuelve a sonreír con la mirada lejana. Nos dice: "Ya, ya, váyanse. El combate puede empezar ahora. Adiós. Digan afuera que cumpliremos con nuestro deber de chilenos".

Nos vamos. En el tercer piso nos confundimos con agentes, carabineros, oficiales, empleados y empleadas del Seguro. Un teniente nos interroga: "¿Y ustedes?" Contestamos: "Periodistas". En la nerviosidad del primer momento, sólo atina a decir: "Bajen, bajen luego. Desde ahora nadie podrá subir".

4 de la tarde.

Estamos de nuevo en el primer piso. El Coronel Gordon, de Carabineros, nos ha situado en una de las oficinas que dan al hall del Seguro. Allí también se encuentra el personal de la Caja. Los hombres están tranquilos. Las mujeres nerviosas. Algunas lloran. Ninguno ha almorzado. Alguien saca el milagro de un pan. Se reparte en pequeños trozos. Entra el Coronel Gordon. Dice: "Ya se rindieron los de la Universidad".

4.15.

Desde las ventanas se ve el desfile de los rendidos en la Universidad. Pasan lentamente, con los brazos en alto, por la calle Morandé. Se pierden. Pero luego regresan. Están ahora frente a nuestras ventanas, heridos algunos, con los brazos en alto todos, en medio de la tropa hosca y enemiga. Las puertas del Seguro se abren. Vemos primero un muchacho rubio, alto, con un largo abrigo negro. Tiene la cara encendida y los ojos azules le brillan en su rostro de niño. Se llama Humberto Yuric. Tiene veintidós años. Estudia Leyes. Le siguen César Parada, Félix Maragaño, Francisco Maldonado y los otros. La larga caravana de los rendidos forma en filas de a cuatro en el hall. Están tranquilos, serenos. De pronto, una mancha estalla bajo el ojo izquierdo de Yuric.

Es negra, roja y violeta. Le acaban de golpear con la culata de una pistola. Yuric tambalea. Pero no cae. Ni da un grito. Nada. Los otros también son golpeados. Nadie se queja. La escena queda firme en el recuerdo de nuestros ojos asombrados. Con una añoranza particular. La de Maldonado, que fué nuestro compañero en la Escuela Naval. Maldonado en mangas de camisa y con "sweater". Maldonado con sus cabellos correctamente peinados hacia atrás, con gomina y una raya al medio, que acababa de recibir una cortadura en pleno rostro.

4.20 de la tarde.

El Coronel Gordon da una orden seca: "Que salgan los empleados de la Caja". El personal del Seguro se forma en una oficina. Se hace una lista. Un teniente nombra el primer apellido y el interesado canta el materno. Sale a la calle. En diez minutos más no quedarán en el edificio sino los rendidos, la tropa y nosotros, ocultos cerca del ascensor.

Otra orden. En filas de dos, siempre con los brazos en alto, la caravana de los rendidos comienza a subir las escaleras. Desaparecen. Detrás, con las carabinas listas, la tropa. En esos instantes—4.30 de la tarde—llega el teniente Drewes Robertson. Trae ór-

denes del General Arriagada. Se las comunica en voz baja al Coronel Pezoa—gordo y algo rechoncho—que aguarda sentado en el hall. El Coronel se incorpora, como dudando. Encoje los hombros. Conversa con otros jefes. Luego, un sargento sube rápido a los pisos superiores. Más tarde lo harán los otros oficiales que aun permanecen en el hall.

4.35.

¿Qué pasa? Llega el eco de los disparos. Aislados. En detonaciones corridas de cuatro o cinco. Luego, silencio, y otra vez disparos. Parecen que balearan en pisos o piezas separadas. Tac-tac-tac-tac. A ratos algunos gritos, algunos gemidos, confusos, como las palabras de un extraño y espantoso idioma. Quedamos alelados en nuestro escondite. "¡Los matan! ¡Los están matando!" Hay una pausa en los disparos. Un silencio pesado que oprime. Aventuramos una salida. Un sargento viene bajando. Tiene la guerrera desabrochada, sucia de sangre. Está sin gorra. Nos divisa. En dos saltos está con nosotros, la carabina firme en sus manos, apuntando nuestros vientres. Grita: "¡Quietos! ¿Y ustedes?" Gritamos también: "¡Periodistas!" Responde: "¡Manos arriba y andando!" Así llegamos a presencia del Coronel Pezoa. Nos pide

nuestros carnets. Los entregamos. Sonríe bonachonamente al decir: "Ahora ustedes ya no son periodistas". Y luego: "¡Sargento! Conduzca a los señores con cuatro carabineros a la Sección de Investigaciones. Si allá comprueban que son periodistas, saldrán en libertad".

Salimos. Llega otra vez el eco seco de los disparos y el tumultuoso de los gritos. Ya en la calle, pensamos con una vaga noción de vida—aire, luz, libertad—en los que llegaron vivos al Seguro, con sus manos en alto, en los que estaban vivos arriba, con sus armas viejas; en todos aquellos que esa misma madrugada, sangrientos, destrozados, mutilados, desnudos, estarían esperándonos en la Morgue.

Raúl Morales.

GAJO DE LAUREL

¿Caistéis? Bien. Es bello caer en la trinchera
como vosotros, roja de sangre la bandera
del ideal en marcha.
Penoso es que un puñado
de juventud—el alba—sucumba ametrallado
y quede, como un triunfo de mármoles quedara
debajo de la tosca pezuña de una piara;
penoso es que haya hogares de duelo, y corazones
de los que, entre sollozos, broten las oraciones;
madres, hermanas, novias que al recordaros gimen
y dejan, entre lágrimas oír—como la única
sanción, y la más trágica—su execración al crimen
y al criminal que quiso cubrirlo con su túnica;
penoso es ver a un pueblo que, manso bajo el yugo,
se olvida de sí mismo, renuncia su derecho
y que ¡oh, sarcasmo! en vez de ahogar a su verdugo,
ahoga la protesta que le dilata el pecho;
que corra el tiempo y caiga tierra—tierra manchada
sobre el más negro fasto que registró la Historia
de Chile en cuatro siglos, y nadie diga nada...
¡Y nadie diga nada!...

Penoso, sí, penoso. Pero vuestra victoria,
que era la de la causa del pueblo, consistía
en eso, en el tributo de vuestra sangre. Día
ha de llegar en que hagan oír sus voces puras
rondas de alegres niños en vuestras sepulturas,
y día en que florezcan vuestros joyantes nombres
como un rosal de brasas en boca de los hombres.
Mientras la tierra gire, mientras el sol irradie,
mientras en el espíritu del pueblo haya memoria,
en el gran santoral del heroísmo, nadie
podrá ocupar el sitio que os reservó la gloria.

Entre el fragor homérico de cívicas jornadas,
cuando el cansancio agobie, cuando la fe vacile,
cuando el puñal de aleve traición nos aniquile,
se oirá como un acorde de ardientes clarinadas,
vuestro clamor profético: "¡No importa, camaradas!
¡No importa! ¡Nuestra sangre ha de salvar a Chile!"

Víctor Domingo Silva.

EL ENTIERRO DE FRANCISCO MALDONADO

Yo recuerdo a Francisco Maldonado, mi amigo filósofo y poeta, educado en la Escuela Naval, guardiamarina en 1927. Sigo todavía mirándolo en la oprobiosa tarde del 5 de Septiembre, sin chaqueta, desabrochado el cuello de la camisa, con su cabellera castaña suelta y al viento, y con un aire de infinita dulcedumbre y tristeza. Además, para esa gran fiesta, su corbata obscura y su ceño de pensador que marcha absolutamente confiado en el honor y en la lealtad de las espadas vencedoras de los guardadores del orden...

Tenía treinta y un años y era cultísimo, generoso y de belleza varonil y de mucha simpatía. Estaba enamorado y solía contarme sus cuitas y sus querellas. Teníamos formalizado un pacto. Yo iba a bendecir su boda y ¡qué fiesta tan hermosa sería aquélla! ¡Y

después le bautizaría a los cabritos!, me decía riendo. ¡Y con qué nobleza!...

Jamás me confió secreto alguno sobre una posible o futura asonada. Nunca. Para mí fué una sorpresa verlo en esa tarde tan azul y tan serena, en esa procesión juvenil y horrenda, desfilando con todos los del grupo. También llevaba sus manos levantadas. Iba rendido, prisionero, como todos.

Yo me imagino que todos los chilenos, sobrecogidos de espanto y estremecidos de vergüenza, reconstituirán siempre la cinta cinematográfica. Desde la histórica y vieja Universidad de Chile hasta más allá de la Línea Aérea Nacional, en dirección a Investigaciones, para ser retornados a la Caja del Seguro y allí, según el orden y la ley, asesinados y masacrados.

Yo he creído cumplir con un fundamental deber de mi conciencia de hombre, de cristiano y de sacerdote, al vindicar la memoria de tantos compañeros de Universidad, y de tantos otros que no lo eran, ante esta enorme saña e iniquidad. Eran jóvenes chilenos, mis prójimos, mis compañeros y mis hermanos. Eran flor de la juventud chilena. Cualquier hombre con sentimiento y dignidad alzaría su protesta indignada ante un crimen tan cobarde, tan despiadado y tan inútil, cualesquiera que fuesen las ideologías sustentadas y la nacionalidad y origen de las víctimas.

Recuerdo que al otro día, en la tarde, fuí a la Morgue en busca del cadáver de mi amigo Francisco Maldonado. No estaba. Nadie podrá jamás describir aquello. Ni la inspiración tétrica de Ezequiel y de Daniel, ni del Dante serían capaces de hacerlo. No hay pluma, no hay lengua humana, no hay palabras en idioma alguno para fijar esa visión. Nadie entraba allí sin llorar a mares y sin maldecir. Vi a un padre echado sobre el cuerpo de su hijo, besándole la frente hundida y rota y el rostro inconocible. El silencio desolador ante aquel hacinamiento y aquella espantosa mutilación, era interrumpido por el llanto convulsivo de todo un pueblo. Me arrodillé y lloré como jamás en mi vida he llorado ni volveré a llorar. Y bendije a todos los niños muertos y pedí piedad para ellos, y para sus madres y para los verdugos y asesinos, en todas sus categorías.

¡Pobres compañeros! Mientras tanto, el mundo, allí afuera con sus vanidades, seguía envuelto en el torbellino fiero de tantas injusticias recaídas sobre tantos valientes, y sobre uno en particular, espejo de hombría, de patriotismo y de honestidad. Aquilaté las menguadas protestas de ciertos círculos y de algunas combinaciones políticas.

En las horas de mayor amargura y de más honda pena, ¿nunca os ha acontecido que emerja en el silencio de vuestra alma la imagen dulce y noble de la

madre viva o muerta? Junto a estos despojos humanos había muchas madres, despedazadas con la victimación cobarde de sus hijos. ¡Madres de Chile! ¡Oh, madres del mundo!

Me acerqué a César Parada. ¡Qué manos las suyas tan heladas y teñidas en tanta sangre! En la Universidad yo había discutido con él muchas veces y hasta con apasionamiento. No he sido ni soy vanguardista, y él era un convencido. Y allí estaba para convencerme: tendido, yerto, hecho pedazos. Me estaba dando una última y definitiva razón ese muchacho que era un príncipe de la inteligencia y de la nobleza de alma. Más allá, con sus manos apretadas y sus brazos todavía en alto, yacía Yuric, mi amigo que en la Biblioteca de la Escuela de Leyes solía ofrecerme cigarrillos pobres de recluta. Y seguían todos los demás. Veinte, cuarenta, sesenta...

Ante la masacre, ante el dolor y la injusticia desaparecían todas las barreras, todos los prejuicios, todas las banderías, todos los enconos, todas las pasiones, todas las tiendas políticas.

Me alejé de aquel rincón de catástrofe, de leyenda y de martirio. La ciudad iba sacudiéndose de tanta mentira y de tanta calumnia propalada por cierta prensa. Había ya una conciencia colectiva acerca del sangriento suceso. En todos los rostros había lágrimas y el llanto amargo, hondo y silencioso era como

el caudal de un río. Nadie negaba el hecho calculado, horrendo y frío, ni los mismos legalistas y pseudo-amantes del orden, de "su orden". Fué entonces cuando me dijeron que vendrían las Facultades Extraordinarias y el Estado de Sitio para acallar la protesta y la desesperación de todo un pueblo.

Y el cuerpo de Francisco Maldonado, ¿dónde estaba? Interrogó el diario "La Hora", y una mañana cualquiera apareció el difunto amigo, el del próximo matrimonio, desnudo, sobre el pavimento de frías losas de la Morgue.

Van corridos muchos meses y estos recuerdos tienen la frescura de algo sucedido ayer no más. Maldonado trabajaba en Santiago, pero no tenía deudos en esta capital y sí muchos amigos dispersos. Toda su familia vivía en Puerto Montt. Los suyos estaban tan lejos y tal vez sólo ahora empezaban a imponerse de la forma trágica, legal y superior como él había partido al otro mundo. A este Francisco Maldonado se le había perseguido hasta después de muerto. Rígido, con sus brazos levantados y su cuerpo mutilado y deforme, le alcanzaban aún los odios y enconos de sus victimarios. ¿Por qué?

Nadie de su familia asistió al entierro. Su padre no alcanzó a llegar a tiempo. ¡Pero si estaban tan lejos y recién comenzaría a llorar su madre, y con qué lágrimas, la partida sin retorno de este noble niño!

No hubo velorio ni cirios. En esa noche, a través de los altos ventanales de la Morgue, le velaron el sueño sus hermanas, las estrellas... Cargamos sus huesos a esa hora de las tres de la tarde, con un sol quemante... Iba todo cubierto de flores blancas y era el suyo el primero de los seis últimos cadáveres reconocidos que buscaron justicia, abrigo y paz en el Cementerio General de Santiago, capital de la democrática República de Chile. Toda una compacta muchedumbre alzó sus puños y sus brazos al cielo como un símbolo y un emblema. Como una muda protesta y un recuerdo. ¿Por qué será que al enterrar a un joven siempre pensamos en la alborada de una resurrección?

Nadie podrá olvidarlo. Una mujercita anciana, del pueblo, con vestidos muy raídos y pobrecitos, le trajo la riqueza de unas flores de durazno. Un grupo de muchachas pobres y bellas, llorando, portaban ramilletes de flores blancas para Francisco Maldonado.

¿Qué os diré yo de él en este instante de evocación y de recuerdos, a pesar de la primavera y de este radiante sol de los nuevos días que comienzan?

Tengáis o no fe cristiana, hombre o mujer que habéis seguido estas emocionadas y tristes páginas, cuajadas de dolor, yo os suplico que de lo hondo de vuestros corazones digáis siempre para el alivio de su alma una plegaria. Sí. Un Padre Nuestro. El que

enseñó el Señor, el Cristo. Por su memoria inmortal, llena de tanto sentido, infortunio y desgracia como la de todos sus compañeros caídos en la Torre de la Sangre.

Presbítero *Jacinto Núñez.*

ENTRE LOS ANDES Y EL MAR

Aun sólo comenzaban a conocer el embrujo
de los primeros jazmines y las primeras novias.

El mundo era para ellos un beso en la reja, un lujo
de frondas y lunas llenas,
una canción de camino y ternuras morenas,
y toda esa algarabía,
esa pléyade de niños, esa ronda de alegría,
cayó como caería
una manada de ciervos
allá en los lances soberbios
del Rey y su compañía...

Pues la justicia que escucha al rufián y al malhechor
no oyó ni siquiera el grito ronco de vuestra agonía.
Y vuestros veinte años iban corriendo con ufanía
en pos de lo que creyeron un mundo mejor.

Fué un error... Como fué error el del inmortal manchego
cuando atacó los molinos creyendo que eran gigantes.
Como el corazón es ciego,
se equivocan en el mundo los caballeros andantes.

Por eso para vosotros no pido oración ni ruego,
sólo quisiera mi ternura
cavar vuestra sepultura
con la lanza del manchego.

Que vuestras madres no sepan cómo fué el último instante;
que el hombre de bien lo ignore
y que no lo desparrame por el mundo el caminante...
Y no sé qué haría para
que la Patria lo ignorara.
Si lo sabe, cada día
que se hable de esta agonía
tendrá que volver la cara...

Verso mío,
perdura, enciéndete, deja
esta caverna siniestra de nuestro tiempo sombrío,
y cuando de estas pasiones
y de este día sangriento
sólo quede
ceniza y remordimiento,
sal al encuentro de todas las nuevas generaciones.

Y diles que hubo varones
que no nos contaminamos
y que aparte tuvimos espadas y corazones.
Diles también que aquel día
que yo no quiero nombrar,
mucha gente no sabía
que podía
caber tanta villanía
entre los Andes y el mar.

Y que el día del baldón
quedaban hombres de bien,
y que sintieron también
que a sangre y fuego los vándalos entraban al corazón.

Este es mi mensaje. Entrégalo
a cada generación.

Daniel de la Vega.

MATER DOLOROSA

A las madres de los mártires del 5 de Septiembre.

Hijo, cuando viniste al mundo y te tuve en mis brazos, al verte tan pequeño e indefenso, te estreché contra mi corazón, ansiosa de librarte de todos los peligros y dolores de esta vida. Y aunque deseaba para ti la felicidad y las alegrías todas de la existencia, sólo quise pedir a Dios que te hiciera bueno, que te diera un corazón honrado y valiente, un espíritu generoso, un alma bien puesta.

Creciste al amparo de mi ternura, y mientras eras niño te bastó la solicitud maternal. Pero, corrieron los años y fuiste adolescente, y llegaste luego al umbral florido de la juventud, y entonces ya no te bastó la ternura de tu madre. Bullían en tu espíritu inquietudes y anhelos infinitos, y en tanto que avanzabas impetuosa y confiadamente, lleno de ilusiones, por el camino de la vida, tu madre envejecía y se

apagaba, y sus palabras ya no llegaban a ti, sino como algo vago y distante, como un eco inextinguido de la niñez lejana. Y temí perderte, hijo mío, temí que la simiente de nobleza y bondad que había depositado en tu pecho, no fructificase, ahogada por la cobardía y las vilezas del ambiente en que vivimos.

Mas, no fué así. La simiente empezó a germinar al calor de un ideal que pronto irradió en tu vida como astro deslumbrador. Lo que yo había sembrado en tu corazón otra mano más potente que la mía lo hizo florecer. Removió la ingrata corteza de egoísmo e indolencia que amenazaba extinguir en tu alma todo noble sentimiento, e hizo aflorar, crecer y convertirse en frutos admirables cuanto había en ti de generoso, de honrado y de heroico.

En medio de la juventud materialista, de la mocedad decrépita y corrompida de nuestra época, yo te veía, hijo mío, como una flor singular de pureza e idealismo surgida en el légamo, y, llena de gozo, bendecía a Dios por haber escuchado mi ruego aquel día en que te tuve por vez primera en mi regazo.

Hoy, estás muerto. Fuiste cruelmente inmolado junto con tus compañeros, los que, como tú, sentían la santa impaciencia de convertir pronto el ideal en realidad, los que amaban a la Patria más que a la vida y se consumían en el anhelo de días mejores para sus hermanos sin ventura.

Como al pie de la cruz, la Madre de Cristo tuvo inerte en sus brazos al Redentor del Mundo, yo te he tenido en los míos, a ti, que quisiste redimir a tu pueblo. Con el corazón atravesado por agudos puñales, he contemplado tu rostro exangüe, tu frente desgarrada, tu pecho traspasado, tu cuerpo convertido en horrenda llaga.

Y aun siento, hijo mío, y sentiré hasta el fin de mi vida, el horror de tu agonía, las angustias de tu muerte, la amargura inenarrable con que, en los instantes supremos, viste traicionadas tus esperanzas.

Pero, en medio de mi dolor y del llanto que brota de mi pecho como de fuente inagotable, estoy orgullosa de ti, hijo, orgullosa de tu patriotismo, de tu abnegación, de tu heroico sacrificio, orgullosa de ser tu madre.

J. de M.



KUKLOX.XYZ



EDICIONES
OCKHAM